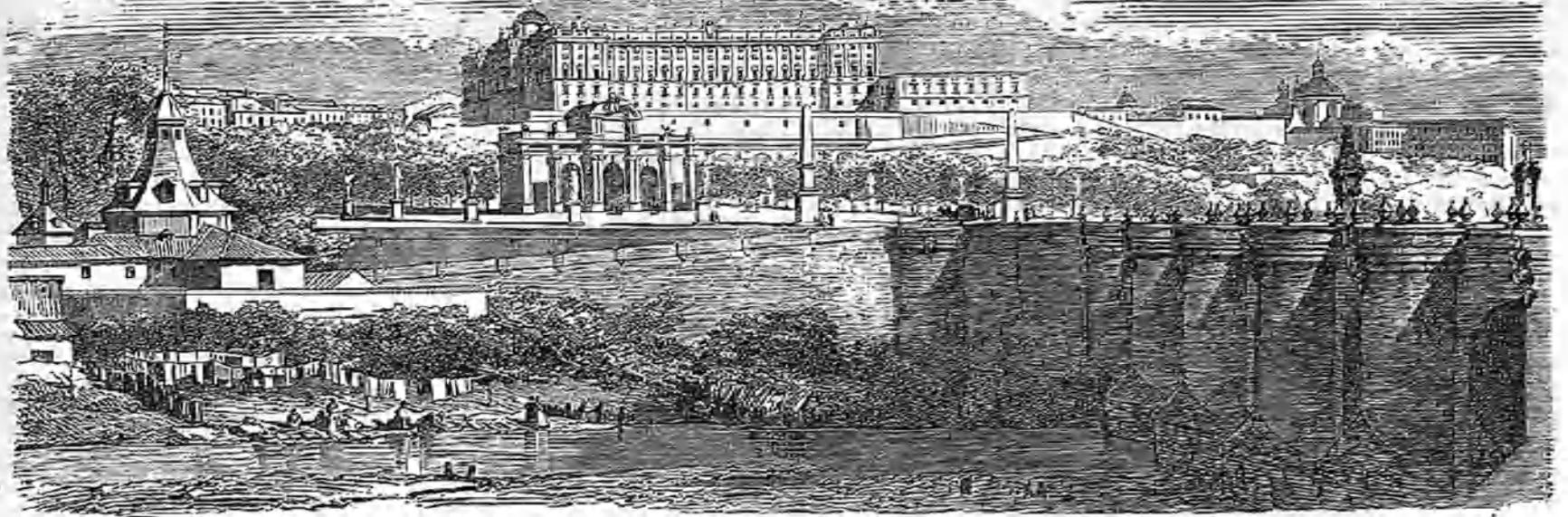


LA ILUSTRACION DE MADRID



REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

AÑO II.

MADRID 30 DE AGOSTO DE 1871.

NÚM. 40.

SUMARIO.

TEXTO. — Ecos, por D. José Fernández Bremon. — Historia de un desconocido, por D. Antonio Hurtado. — Baños de «Las Arenas», por G. — Historia breve y compendiosa de una persona decente, por D. Peregrina García Cadená. — La industria azucarera en Andalucía, por U. — Bibliografía, por D. Francisco M. Tubino. — Excmo. señor D. Augusto Ulloa, por don R. Molino de Arriba. — Iglesia de la Merced en la Habana. — No hay deuda que no se pague... (continuación), por D. Alvaro Romea.

GRABADOS. — Don Julian Sanchez Ruano, fotografía de Laurent, dibujo de D. Alfredo Perea. — Consejo de guerra en Versalles, croquis de Mr. Raoul Letendre, dibujo de D. J. L. Pellicer. — Exposición y feria de Santander. La Alameda. Croquis de D. V. Pineda, dibujo de D. F. Pradilla. — Baños de mar de «Las Arenas» (Bilbao), dibujo de D. Daniel Perea. — Excelente Sr. D. Augusto Ulloa, dibujo de D. A. Perea. — Vista exterior del templo de la Merced (Habana), dibujo remitido por D. José Robles. — Vista interior del templo de la Merced (Habana), dibujo del mismo. — Jeroglífico.

ECOS.

Una de las líneas más animadas del tram ó la tranvía madrileña, ha de ser la que recorra la margen izquierda del Manzanares hasta la ermita de San Antonio. La pradera de la Fuente de la Teja en los días festivos, los baños del rio en el verano, el cuartel de



DON JULIAN SANCHEZ RUANO.

la Montaña, la estación del Norte, la Moncloa y la Florida, prometen excelentes resultados á la empresa, y mucha vida á todos aquellos sitios, que serán más concurridos.

Pero si la facilidad de comunicacion aumenta los bañistas del Manzanares, el asendereado rio con su pobre caudal liquido tendrá que declararse en quiebra, ó los que quieran bañarse en él necesitarán llevar el agua.

Cuando Madrid era solamente un castillo famoso y su recinto podía ser vigilado por dos parejas de guardias, el Manzanares bastaba para las necesidades de la plaza: es decir, para que algunas docenas de moros hiciesen en él sus abluciones mirando á la Mecca, y lavasen sus calzones y turbantes. Hoy sólo sirve el rio para recordar á la corte la humildad de su origen, como el oso de las armas demuestra quiénes fueron sus primitivos habitantes, y hace presumir, por consecuencia, cuáles serian las costumbres de aquella época remota.

El Manzanares, agonizando en su duro lecho, es un espectáculo muy triste. Aumentense sus aguas, ó suprimanle de una vez, para lo cual bastarán algunos pliegos de papel secante ó la arenilla de algunas salvaderas.

Sólo sentirán su muerte los soldados que co-

que sean entre su atezadas ninfas, los renacuajos que beben en sus posos y los berros y verdolagas que crecen á su orilla: nunca sus soberbios puantes, de cuyos ojos se puede asegurar que no le han visto.

Algunos han atribuido al Manzanares la corriente vandálica que hace pocos días pasó sobre su espalda, rompiendo teñedores, arrebatando pañales y arrastrando esteras viejas. Eso es poner en duda la formalidad del juicioso río, del que nada tienen que decir las lenguas de sus infinitas lavanderas. Trátesele de ruin, de escuálido y harapiento, pero no se le suponga capaz de hacer locuras.

Ello debió ser cosa del diablo, y á arte de encantamiento atribuyo aquel turbión de aguas revueltas que hizo flotar las banancas con su tripulación femenina, las cuales se alejaban río abajo, sin más velas que algunas camisas remojadas, ni más remos que las paletas hechas para azotar el agua y no para dirigir embarcaciones.

La madre del río estuvo un instante orgullosa al ver á su hijo tan crecido, y soñó sin duda aquella noche en truchas y en auguillas, en presas de molinos y en regatas de pintados barquichuelos. ¡Pobre madre! qué desencanto el suyo cuando sintió al siguiente día los rayos del sol en sus arenas, y vió que los granujas saltaban sobre su hijo sin mojarse los talones.

Este, entre tanto, se arrastraba melancólico bajo sus toldos de esparto, lamiendo el suelo arenoso, en busca del agua y los pececillos del Jarama, sin más aspiraciones que llegar, ni más deseos que beber, y temiendo siempre hallar una lengua de tierra que le chupe ó una rendija que le sorba.

Pero en los instantes de la avenida los bañeros se retiraban asustados, por no tener costumbre de ver agua; las lavanderas huían conociendo que aquel río no era el Manzanares, y los muchachos saltaban de gozo creyendo que Madrid posaba un río, y tiraban al aire sus gorras saludando al forastero.

El día 20 del corriente, entre cinco y seis de la tarde, atravesaba por las calles de Madrid una comitiva fúnebre, en la cual iban mezclados hombres políticos de todos los partidos, periodistas, escritores y amigos particulares del finado.

Durante algunos días, los periódicos, impresionados al saber que el joven orador Sr. Sanchez Ruano se encontraba en peligro de muerte, habian publicado las alternativas de la cruel enfermedad que le arrebatara la vida por momentos.

El que en los bancos del Congreso hacia cruda guerra á sus adversarios, con el arma atrevida del sarcasmo, cumpliendo el deber político que se habia impuesto, murió en su lecho cumpliendo también sus deberes de católico.

Escritor distinguido al par que vehemente tribuno, el Sr. Sanchez Ruano ha dejado escritas varias obras importantes que hacen deplorar su temprana muerte.

Su pérdida ha causado esa triste y penosa impresión que se siente cuando un oficial joven y lleno de esperanzas cae sin vida en su primer combate.

Dos grabados de asuntos muy diversos, pero ambos de actualidad, contiene LA ILUSTRACION en este número, hechos los apuntes en los mismos lugares que representan.

El uno es la inauguración oficial de la Exposición de Santander, cuyo local bendijo el señor obispo de la diócesis en presencia de las autoridades, corporaciones y representantes de la prensa.

Figura el otro el acto de ser juzgados en el Picadero de Versailles, ante la comisión militar, los prisioneros comunistas.

Sobre el primer asunto, me refiero al artículo publicado en el número anterior por el ilustrado colaborador Sr. Beraza.

Respecto del segundo, los escombros hacinados en París y las víctimas asesinadas, podrían, si tuvieran voz, dar pormenores que tal vez no darán las declaraciones de los reos y testigos.

Aquel es la fiesta de la paz, éste un consejo de guerra; en el uno se disputan premios, del otro se esperan castigos; en la primera se congregan los que trabajan y producen, ante el segundo aparecen los que huelgan y destruyen.

Allí, el telar y la azada.

Aquí, la tea y la guillotina.

Los marineros ingleses y norte-americanos han entablado una lucha desesperada de valor y destreza.

Hace algun tiempo salió de Nueva-York un marino yankee en una lancha, llegando á Londres con el más feliz viaje.

Ahora un inglés trata de trasladarse de su patria á Nueva-York en una balsa.

Y es indudable que dentro de poco, para superar al inglés, no faltará algun norte-americano que haga el mismo viaje en el palo de una esocha.

En cuyo caso tendrá precisión todo buen inglés de embarcarse para América en una zapatilla.

Algunos zaragozanos tratan seriamente de solemnizar con un torneo las fiestas de su Patrona. Ignoro en qué se fundan los que concibieron este atrevido pensamiento, para resucitar en pleno siglo XIX un espectáculo de la Edad Media; pero felicito á los promovedores de tan caballeresca idea por la novedad de su propósito, toda vez que el torneo no ha de tener las desastrosas consecuencias que tuvo aquel de Neusse en que perecieron unos ochenta caballeros y escuderos.

Será curioso ver apearse de un coche de primera al heraldo portador de los carteles, y pasarlos de café en café y de oficina en oficina, buscando paladines; y ver á éstos pidiendo á sus señoras una sombrilla, un boá ó un postizo, como prenda que les guie á la victoria, después de haberse vestido en la Armería, en el vestuario de un teatro ó en un salón de antigüedades. Cada cual llevará en su lanza ó en el pecho los colores de su dama, y se lucirán banderas de color Bismark, Habana y Alcolea, y se ostentarán en los escudos mote de este género: *compárase la voluntad nacional; mi derecho es inalienable; amo civilmente.*

Será imponente ver á un director de ferro-carriles haciendo locuras por su dama en Zaragoza, y dignas de consignarse las ocurrencias de los locos, cuando vean de qué manera se divierten los cuerdos. Y harán lindo juego en la fiesta los sombreros de copa con los velmos, los gábanas con las lorigas y los guardias civiles con los heraldos y escudero.

¿Qué diré del afortunado vencedor, cuando en medio de los aplausos de la *cloque* se hincó de rodillas para recibir el premio que tendrá preparado la reina del torneo? Llevarán sobre su persona agua florida de Murray y Leman, esencia de heno, de jockey club, de piel de Rusia, de miel de Inglaterra y otros suavisimos aromas; y todos se disputarán aquella noche el honor de pagar su chocolate, cuando entre en el café vestido de guerrero.

Como todo es empezar, dado el primer paso en la vía caballeresca, no desconfío encontrar algun día un caballero armado de punta en blanco, deteniendo á los transeúntes en la calle y no dejándoles circular sino confiesan que la revalenta es el alimento más sano y nutritivo, ó que es liquidación verdad la de cualquier camisería.

Si esto sucede, habremos aplicado la caballería adante á la industria y al comercio.

La Internacional preocupa actualmente á los políticos, cuando en realidad lo que prepara es una revolución aritmética, convirtiendo á los hombres en números.

Si triunfan los comunistas y se borran los nombres de las personas, ignoro qué diferencia habrá entre una lista de ciudadanos y una lista de números premiados en la lotería moderna.

Creo que para distinguirlos será conveniente dar á los números nombres de personas, en cuyo caso propongo que la unidad se llame Pedro.

Entonces, para estudiar aritmética, será preciso comprar un calendario, y todas las aritméticas se convertirán en almanaques.

Hé aquí algunos ejemplos de la numeración empleada para distinguir á las personas.

Personajes de una comedia internacional:

Número 15, dama joven.

Número 88, viejo octogenario.

Número 13, traidor.

0, gracioso.

En las historias, Adam se llamará precisamente número primero. Y el núm. 20 de Chiclana será tocayo del número 20 de Gerona.

No se podrán deshonrar los apellidos, pero dirá un marido á su pérdida consorte: "¡Has deshonrado el número 326!"

Acaso surja en el porvenir una nueva aristocracia: la de los números más bajos.

Por último, con este sistema no se logrará la extinción de la familia: los números primos entre sí, siempre se considerarán como parientes.

Segun se dice en los círculos mejor informados, ciertas ciudadanas á las cuales se prohíbe transitar por las calles hasta que dan las doce de la noche, han protestado de esta orden, invocando sus derechos individuales.

Parece que el gobernador de Madrid ha contestado que pueden usar de su derecho, con tal que salgan á la calle vestidas de amarillo.

Al asignarles este color, si el hecho es cierto, el señor Mata ha usado de su facultad, porque el amarillo es el color de la facultad de medicina y cirugía.

De todos modos las ninfas han quedado reducidas á la condicion de aves. Ó permanecen en la jaula, ó tienen que salir vestidas de canario.

Fué tal el entusiasmo de los ingleses al oír cantar á la Patti su papel en la ópera *Emeralda*, que cayeron al escenario del teatro de Covent Garden flores, veros, coronas, relojes, brazaletes y sombreros.

Á uno de los ingleses más entusiasmados, que estaba en la última galería, después de haber arrojado á las tablas un ramo, el sombrero, el reloj, la petaca y los anteojos, fué preciso sujetarle, porque también queria arrojar á su señora.

Háblase de una asociación católica de Alemania, que propone, entre otras muchas, estas reformas religiosas.

Supresión de la confesion auricular, del culto de los santos, del celibato en los sacerdotes, de las reliquias y de las procesiones.

Ignoro si estos fervorosos católicos piden también que se supriman los deberes de esta vida y las penas de la otra.

La cuestion, segun parece, es crear un catolicismo agradable, que esté al alcance de todas las conciencias.

Una iglesia universal, de que puedan formar parte hasta los sectarios de Mahoma y los adoradores de Confucio, con un templo coqueton en que en vez de imágenes haya espejos, y en cuyas columnas se fijen carteles de teatro.

En fin, una religion tan cómoda, que los fieles puedan cumplir con la Iglesia con sólo enviarla una tarjeta.

Con frecuencia se quejan los periódicos de que no se atiende al pago de los haberes de los maestros en muchas localidades, y lamentan la suerte de estos desdichados profesores.

Ein dejar de condolermé de su estado, confieso que compadezco mucho más á los discípulos.

En efecto, colóquese una fila de muchachos indefensos ante un maestro que no come y tiene en su mano una palmeta, y calcúlese lo que sucederá si los chicos no dicen su lección de carretilla.

Los negros insurrectos de Cuba han proclamado emperador á un mulato, con el nombre de Doroteo I.

Si no mienten las noticias, su atezada majestad ha condenado á muerte á todos los blancos de la isla, aceptando las mujeres, que destina para recreo de sus súbditos.

Como complemento de esa ley prevision y para evitar que sus vasallas cundan el decreto por debilidades amorosas, Doroteo I debe impedir á aquellas todo trato con los enemigos de su raza.

El decreto puede redactarse de este modo: "Queda prohibido á las mujeres poner los ojos en blanco."

La clemencia de Doroteo con el sexo femenino tiene un objeto económico.

Su crédito y su hacienda estaban interesados en que no se quedase el país sin una blanca.

JOSE FERNANDEZ BERMEON.

HISTORIA DE UN DESCONOCIDO.

I.

Cuando parece saberse la vida de uno de esos seres que pasan por el mundo completamente ignorados, Dios permite que el ángel que registra las virtudes ocultas y desconocidas las escriba con un buril de oro en el alma de los niños. Más tarde, cuando el hombre sondea los senos profundísimos en que duermen sus recuerdos, suele encontrar en el lugar más apartado de la memoria algo que hirió su imaginación con el encanto de un cuento maravilloso, y que á la luz de la razón madura y reflexiva aparece después revestido é iluminado con todos los esplendores de la historia.

La que yo voy á referir, la escuché de los labios de un ciego, allá en los albores de mi adolescencia.

Yo había conocido á ese ciego cuando tenía vista. Era dueño y maestro de una gran tienda de zapatería, en la cual se surtían de calzado los grandes señores de la capital y todos los aristócratas de la provincia. ¡Tal era su destreza en el oficio, y tal la fama de su nombre!

La puerta de su casa, ó mejor dicho, el ático de su tienda, era el punto de cita obligado para todos los muchachos del contorno. Allí acudíamos en tropel apenas salíamos de la escuela, á cuantos teníamos afición á lo maravilloso, que maravilloso era, en verdad, presenciar el espectáculo que nos regalaba todas las tardes el maestro zapatero.

Á eso de las cuatro en invierno, y de las seis y media en verano, aparecía el zapatero en el umbral de su casa, y dirigiéndose alternativamente á la infinita variedad de pájaros que encerraba en una multitud de jaulas construidas por él, daba principio á una *conversación sin palabras* á la cual respondían los pájaros alegremente, acabando como una sinfonía en *crasendo* en un *trío* de graznidos, de trinos, de chillidos agudos y de silbidos prolongados, que no había más que pedir.

¡Inútil sería pretender describir lo que los muchachos gozaríamos con esta escena singular diariamente repetida!

Para nosotros era entónces cuestión inconcusa la del lenguaje de los pájaros, y artículo de fé que el señor Aleman, porque así llamaba todo el mundo al protagonista de esta historia, poseía el idioma universal de las aves ó los dialectos especiales con que se entienden entre sí las castas y las razas distintas en que se divide el reino ornitológico.

Y es que nuestras observaciones habían llegado á clasificar perfectamente la variedad de sonidos que el señor Aleman empleaba para hacerse comprender de los numerosos pájaros que vivían bajo su férula. Así es que mientras el Sr. Aleman conversaba con un gorrión ó con un tordo, los canarios y los ruiseñores, las alondras y los jilgueros guardaban el más profundo silencio, como queriendo decir: «Eso no va con nosotros.»

Pero cuando el buen zapatero hacía extensiva su conversación á todos y á cada uno de los seres alados que de día pueblan los aires y de noche se cobijan en los árboles ó se acurrucan entre las retamas y los rastros, entónces se rompía el silencio en toda la línea como un fuego granado, oyéndose á la vez el trino del canario, el gorjeo del ruiseñor, el silbido cadencioso del mirlo, el arrullo de la tórtola, las frases recortadas de la cotarra y los chillidos alegres de las alondras y de los pardillos.

Los muchachos aplaudíamos frenéticamente aquel *quirigay* estridente y chirrion, que alterando el sistema nervioso de las viejas de la vecindad las obligaba á romper en gritos de mal humor contra el Aleman, contra los pájaros y contra los chicos.

Entónces el Sr. Aleman, con un gesto de compasión que no ha vuelto á ver dibujado en rostro alguno, abría las puertas de todas las jaulas y con un silbido especial, entendido como una palabra de orden para aquella falange de cantores, se poblaba el aire de pájaros, que chillando y revoloteando bulliciosa y alegremente seguían al maestro zapatero á todas partes, como los corderos siguen al manso que los guía y los soldados al capitán que los manda.

Para las gentes de la población, aquellos paseos del Sr. Aleman, rodeado de pájaros y de muchachos, habían perdido, en fuerza de la costumbre, el encanto de la novedad; y alguno que otro espíritu fuerte solía motejarle de escéntrico y maníaco, si bien nadie se atrevía á faltarle al respeto; porque además de ser el zapatero el hombre más honrado de la tierra, tenía fama de poseer un corazón muy alentado y unas pulgas más inquebrantables que el hierro.

Una tarde que paseábamos, como de costumbre, fuera de la población, un cura, que venía en nuestra dirección

misma, enderezó esta pregunta al zapatero en son agreste:

—Maestro, ¿no se avergüenza Vd. de ir siempre rodeado de muchachos y de avachachos?

Y el zapatero contestó sonriendo:

—Padre, mientras más cerca de los niños y de las aves, más eres ustoy de la inocencia, tan grata á los ojos de Dios.

El cura no acertó á replicarle y se limitó á echarle su bendición y á darle á besar su mano.

Pero todo lo concluye el tiempo. Los muchachos fueron creciendo y sustituyendo sus afecciones infantiles por otras más en armonía con la edad, y poco á poco el Sr. Aleman se quedó sólo con sus pájaros.

Yo, el más consecuente de todos los chicos, acabé por abandonarle también. Alguna vez que otra, pero siempre de tarde en tarde, acudía á su tienda á recrearme con él en la enseñanza de sus amigos predilectos.

—Estos no me faltan nunca, me decía alguna vez con intensa alegría; allí están en el tejado tomando el sol. ¿Quieres verlos venir?

Y dando un silbido extraño, los pájaros levantaban su vuelo, y como una avalancha de plumas venían á caer á los pies de un dueño.

Poro estos ejemplos repetidos de consecuencia no ejercieron tampoco influjo sobre mí. Durante algunos años dejé de visitarlo. Mis estudios me llevaron fuera de mi pueblo natal, y cuando volví el pobre Aleman estaba ciego.

Apénas supo mi regreso fué á verme. Era invierno y estábamos casi en vísperas de Navidad. Mi madre le vió atravesar la ancha plazuela que conducía á mi casa, y me dijo con ese acento de compasión que Dios suele poner en la voz de las mujeres.

—Ahí llega un amigo que viene á visitarte.

Yo seguí con los ojos la dirección que me trazaba la mano de mi madre y reconocí al maestro zapatero.

Llevaba una gorra de piel en la cabeza; una capa burda de color de tabaco, sujeta al cuello por un broche de cobre; zuecos de palo en los pies y su bastón de fresno, en forma de cayado, en la mano izquierda. La derecha descansaba en el hombro de un muchacho que le servía de lazarrillo. Atravesó con la agilidad de otros días el espacio que le separaba de mi casa, y penetró en ella con el gozo de un padre que anhela abrazar á un hijo amado.

—Por aquí, maestro, por aquí, exclamé yo, saliendo á recibirlo y guiándolo á mi despacho.

—¡Oh! ¡Oh! replicó el Aleman poniéndome una mano sobre mi cabeza; la voz no ha cambiado, pero ¡cómo has crecido!...

Y bajando su cabeza al nivel de la mía, me besó en la frente repetidas veces.

En medio de aquellas demostraciones calorosas de afecto creí sorprender en su respiración agitada algo parecido á un sollozo; yo estreché cariñosamente su mano callosa y le dije:

—Vamos, maestro, resignación: Dios lo prueba y es preciso conformarse con su voluntad.

—Cierto, marmuré él procurando serenarse; pero hubiera deseado verte.

—¡Pero qué, pregunté yo fijándome en la claridad de sus ojos, es que no ve nada?

—Nada, hijo mio, nada: la noche siempre delante de mí, la noche eterna, la oscuridad del sepulcro.

—¿Pero cómo ha sido eso? pregunté con acento de asombro.

—No lo sé, me dijo: ya hace años que estoy así: me asaltó esta desgracia como la muerte, que asalta siempre al hombre repentina y silenciosamente. Yo era rejidor del ayuntamiento: me tocó rondar la población en una noche fría y nebulosa, y al pasar por cierta calle estrecha y tortuosa como el alma de un condenado, dije al alguacil que iba delante de la patrulla:

—Atiza esa linterna, si hemos de ver por dónde vamos.

—Pues si despide más luz que el sol, repuso el alguacil poniéndome la linterna ante los ojos.

—¿Cómo es posible que brille tanto, repliqué yo, si no se ve una chispa!

—¿Cospita! marmuré el capitán de la patrulla que me acompañaba; ¿qué diablos le sucede que no divisa la luz que arde debajo de sus narices?

Á esta exclamación del capitán me llevé las manos á los ojos creyéndolos engados por la niebla. En vano los limpié, en vano los estrujé con mis manos, en vano los abrí desmesuradamente: todos los objetos se habían borrado delante de mí... ¡estaba ciego! completamente ciego.

El Aleman guardó un rato de silencio y se limpió suspirando el sudor copioso que caía de su frente.

Al cabo prosiguió:

—¿Cómo ha de ser! ¡Dios lo quiera así! He gastado cuanto tenía en recobrar la vista: me han examinado los mejores médicos de Madrid: he consultado á las notabilidades de Europa, y todos me han desahuciado, todos me han dicho la última palabra: «No hay remedio.»

—¡Pobre amigo mio! marmuré yo con acento dolorido.

—No tan pobre, repuso alegremente y variando de fisonomía. ¡Gracias á las buenas almas, tengo con que vivir y aun me queda para dar!

—¿Se conserva la zapatería? pregunté yo con verdadera satisfacción.

—¡Oh!... no, hijo mio; esa voló: la traspasé á mi oficial mayor que se la ha bebido en cuatro días. ¡Es tan dado á las francachelas y á la holgazanería!

—¿Y los pájaros? me atreví á interrogar, aunque tímidamente.

—¡Ah! ¡pobres amigos míos! replicó el maestro con los ojos profundos de lágrimas: algunos señores vinieron á ofrecermé dinero por ellos; pero ¿quién vende á sus hijos? ¿Quién los condena á la esclavitud? Hubieran tenido mejores jaulas, mejores alimentos quizás; ¡pero quién los hubiera cuidado mejor que yo? ¿Quién hubiera conversado con ellos? Yo no quisiera que se murieran de tristeza y les di libertad. Durante algunos días hicieron estancia en los tejados de las casas inmediatas yo oía sus alegres voces desde el rincón de mi cocina, y lloraba de pena al oírlos. Al cabo debieron convencerse de que yo no volvería á llamarlos, y desaparecieron para no dejarse oír más.

Entónces comprendí el dolor de la soledad, dolor supremo que ha abierto la tumba de mi madre; de mi madre, santa y virtuosa mujer, que cual otra madre de los Macabeos alentó á sus hijos para que fueran á combatir por la libertad y la independencia de su patria. ¡Pobre madre! ¡Murió sin ver á su patria libre! ¡Sin tener á su lado un sólo hijo que la cerrara los ojos!

Y aquí el buen Aleman enjugó los ojos con una punta de la capa, y guardó de nuevo un silencio que imponía respeto y veneración.

Al cabo levantó la cabeza y dijo:

—¡Eh!... ¡cómo ha de ser!... Todo es cuestión de tiempo: pronto quizás volveré á verte en la morada de los justos. Conque dejemos esta conversación y vamos á otra cosa.

Al través de aquellas exclamaciones y de aquellas lágrimas mal reprimidas, el más topo hubiera adivinado una historia dolorosa que merecía la pena de saberse; pero mi zapatero había cambiado tan bruscamente de asunto, que volver sobre él hubiera sido una crueldad y una falta de cortesía. Así es que adoptando un tono alegre y casi risueño, le dije:

—Veamos qué cosa es esa.

—Yo no sé si peño de indiscreto ó de impertinente, exclamó mi Aleman; de cualquier modo, tú eres bueno y perdonarás, sin duda, la exigencia que voy á hacerte.

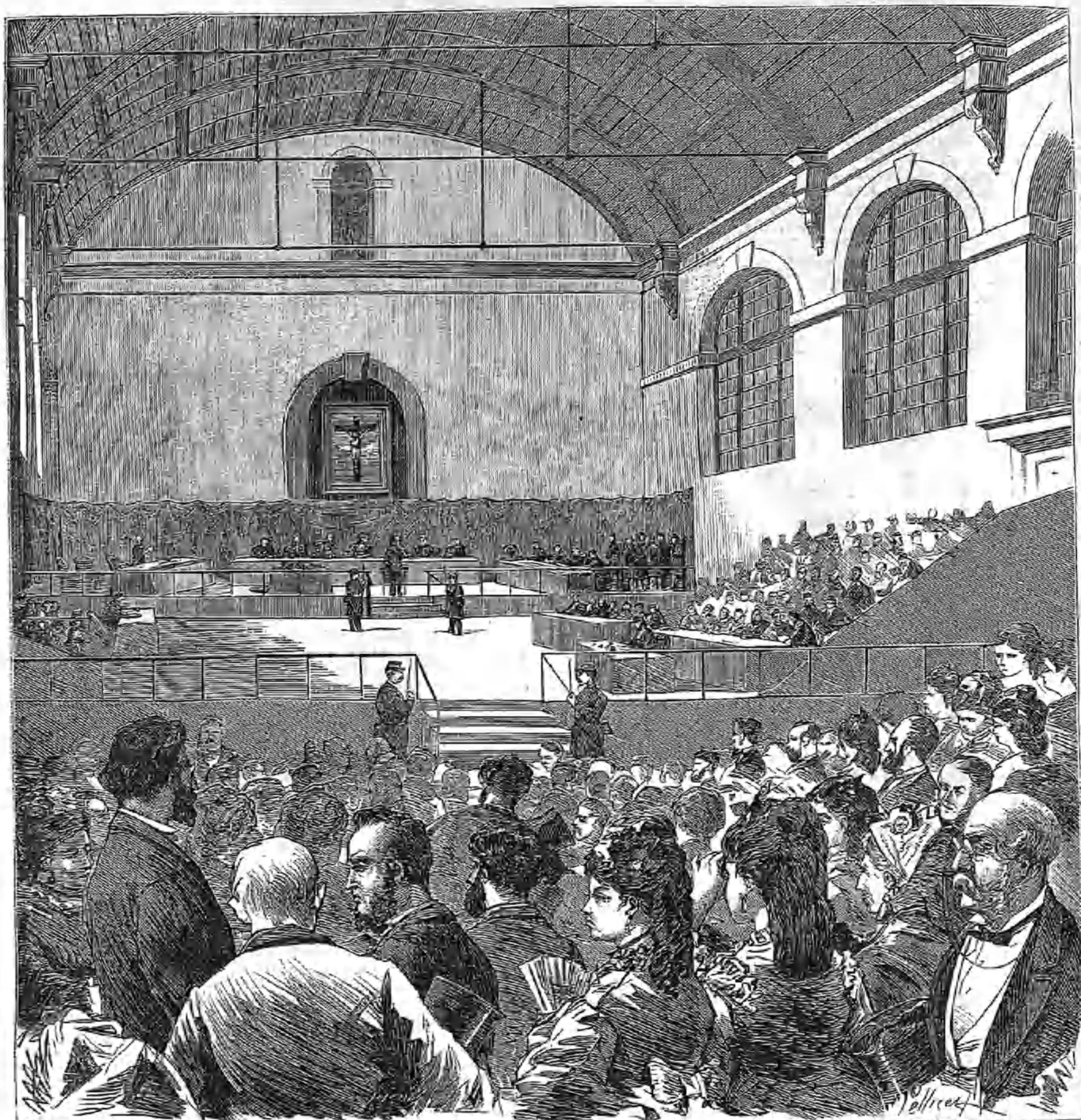
—Sé, añadió, que haces versos; los periódicos literarios hablan de tí de vez en cuando, y no dejan de prodigarte sus elogios siempre que se ocupan de tus producciones. ¡Si vieras lo que eso me complace!... Muchas veces me he dicho á mi mismo.—¿Conque aquel amiguito, tan admirador de mis pájaros, es poeta? ¡Caramba y cuánto me alegro!... ¡Cuando vuelva por acá le he de pedir unos versos bonitos para felicitar á mis bienhechores la Pascua de Navidad!... ¡Calle!... replicó rompiendo en una carcajada homérica; ¡pues es que sin pensarlo te he expuesto mi pretensión!... ¡Ya vea si es extraño! Como el personaje aquel de una comedia de Molière, he hablado prosa sin saberlo.

—¡Hola!... marmuré yo riendo también; parece que el maestro ha leído á Molière.

—¡He leído tanto! repuso sencillamente mi buen ciego.—É interrumpiéndome de nuevo me preguntó tomándome las manos.—¿Conque puedo contar con unas *Épigramas*?—Advierte que de las limosnas que saque, mandaré darte una misa por el buen *Vicente Rapsal*, inventor de las *décimas*, el cual debió ser en vida tan desdichado y acaso en bienes de fortuna como su amigo Miguel Cervantes Saavedra.

—Caramba, maestro, exclamé yo asombrado de hallar tal erudición debajo de aquella capa burda; ¿qué apostamos á que le son familiares todas las literaturas conocidas?

—Hijo, me contestó el zapatero riendo como un niño, los ciegos y los barberos tenemos algo de común con la charla, y es que como unos y otros estamos siempre desocupados, ellos se entretienen en leer y nosotros en oír las historias y romances con que llegamos á graduarlos de bachilleres. ¿Conque me harás unas *décimas*?



CONSEJO DE GUERRA EN VERSALLIES.

—Harás de buen grado, contesté; pero con una condición.

—Sin decirle está aceptada, repuso brevemente.

—Pues es, repliqué yo, que á cambio de esas décimas ha de referirme la historia que encierra el recuerdo que le ha hecho llorar hoy pensando en su madre.

El Aleman guardó silencio por espacio de dos minutos; al cabo de ellos dejó caer su mano derecha sobre la mía y exclamó con la dignidad de un prócer:

—Acepté la condición sin réplicas, y un caballero no

tiene más que una palabra. ¿Cuándo vengo por las décimas?

—El sábado, repuse yo rápidamente.

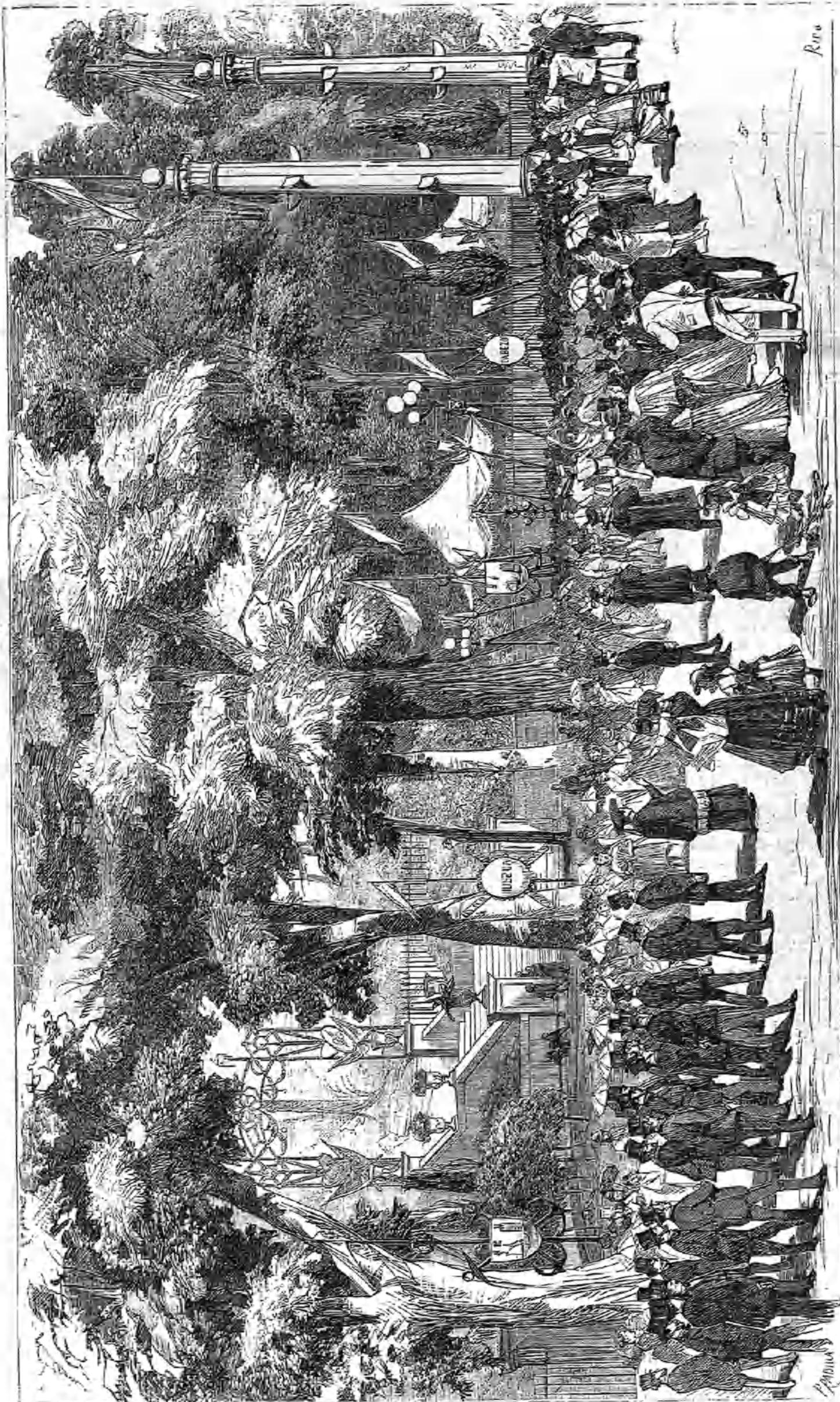
—Pues hasta el sábado, que cumpliré mi promesa, dijo.

Y estrechándose fuertemente la mano se levantó de su asiento, llamó á su lazarillo que le aguardaba en el antedespacho, y apoyándose en el hombro del muchacho salió de casa con la alegría y la tranquilidad del justo.

Yo le seguí con la vista hasta que desapareció. Y

cuando estuve completamente solo, me hice estas preguntas:

¿Quién será ese hombre? ¿Qué misterio envuelve su vida? Es pobre y parece un caballero; es humilde y su gravedad impone respeto: brilla en su semblante la energía, y sin embargo es tierno como una mujer. ¿Cómo se llama? Nadie lo sabe: todo el mundo le conoce por el Aleman y el mundo todo desconoce su nombre y apellido. ¿De dónde ha venido? ¿Por qué vive entre nosotros?



EXPOSICION Y FERIA DE SANTANDER.—LA ALAMEDA.

Todo esto y más me pregunté mentalmente y sentí dentro de mí el aguijón de la curiosidad, que espoleándome vivamente me obligó a tomar la pluma y a escribirle las décimas que me pedía.

Quando las terminé, respiré como aliviado de un gran peso y exclamé lleno de satisfacción:

—El sábado me asomaré al alma de ese hombre. ¿Qué descubriré en el fondo de esa alma desconocida?

ANTONIO HURTADO,

(Se continuará.)

SEÑOR DIRECTOR
DE

LA ILUSTRACION DE MADRID.

Las Arenas, 16 de agosto de 1871.

¡Cuántas veces, mi querido amigo, recuerdo en esta deliciosa playa nuestras excursiones veraniegas de otros años por Biarritz y Arcachon, por Dieppe y Ostende, por las costas de Normandía y por Calais, Boulogne, Dunkerque, y Folstone! ¡Cuántas veces acude á mi memoria aquella tenaz afirmación de Vd., que yo calificaba de incurable manía, el porfiado empeño con que su amor á las cosas de España procuraba labrar en mi ánimo el convencimiento de que el día que se hiciera algo en nuestros puertos de mar, y singularmente en los cantábricos, para mejorar las condiciones materiales de la vida, procurando comodidades y bienestar á los que abandonan sus casas en los calurosos meses del estío, aquel día sería el postrero de la emigración voluntaria á Francia, á Bélgica y á Inglaterra!

Tenia Vd. razón, amigo mío; confieso á Vd. que la tenía en absoluto, y creo que pronto, muy pronto, ha de ver satisfecho su patriótico deseo de que los madrileños y los provincianos, las clases ricas y las que por necesidad limitan sus gastos y los encierran en la más severa economía, dejen de pagar el tributo que gustosos han pagado hasta aquí á aquellos pueblos, y vengán á vernear en Bilbao, en Portugaleta, en Algorta y sobre todo en Las Arenas; en estas playas encantadoras, hasta ahora tan poco frecuentadas, en la que la industria, el arte y la poderosa iniciativa de capitalistas emprendedoras y de empresas inteligentes comienzan á remover los obstáculos que parecían insuperables y á comprender el partido que puede sacarse de estos amenísimos y pintorescos sitios, donde ha derramado la naturaleza á manos llenas todos sus dones, todos sus primores y bellezas y los cuales tienen mayores atractivos que ningún otro para pasar en ellos agradablemente el verano. Yo, que era una insignificante molécula de esa masa inmensa que se desprende anualmente de nuestro país precipitándose hacia el Norte, uno de los setenta mil viajeros que atraviesan el Vidasoa, é iba á contribuir periódica y generosamente al fomento y desarrollo de poblaciones que hemos visto nacer, como Biarritz y Arcachon, y de las industrias balnearias del extranjero; uno de los que concurrían á completar la enorme suma de quince millones de francos que los bañistas dejaban todos los años en el primero de dichos pueblos; yo, en fin, el más contumaz y relapso de los *touristes* conocidos, me declaro convertido y derrotado, y experimento con esta derrota no ménos placer que el que se ha de causar á Vd. mi sincero arrependimiento.

No tema Vd. que abandona mi estilo peculiar y característico, reflejo del genio bonachón y sencillo que el cielo me ha concedido, y me deje guiar en la redacción de esta amistosa epístola por exageraciones y entusiasmos que desdigan de mi proverbial formalidad; nada de eso, mi estimado amigo, ni aun me propongo enviar á Vd. esta *fa de vida* darle noticias de las muchas personas que forman la escogida colonia de bañistas que aquí aumenta de día en día; no me da el naipe, y haré lo sienta, para pintar con el inimitable estilo de Asmodeo, así que no había de serme posible, aunque lo intentara, que Dios me libre de semejante tentación, bouetear cosa alguna en el género que los revisteros de *La Epoca* y de *La Política* cultivan tan á satisfacción de las espirituales y elegantes suscriptoras de aquellos periódicos. Verdad es que yo no escribo hoy para el público exigente ó descontentadizo, sino para usted, para el amigo indulgente que espera con impaciencia nuevas de mi salud, y nada más; por esto he preferido echar por el camino más llano y con decir á usted *si vales bene est, ego valeo*, podría encontrarme hecha la primera de mis cartas, sino fuera porque, pensando en LA ILUSTRACION DE MADRID, he conseguido obtener la fotografía que le remito adjunta, y sobre la cual quiero decir á Vd. dos palabras.

Por esa fotografía, no muy feliz por cierto, podrá usted formar idea de la importancia de este magnífico es-

tablecimiento de baños de Las Arenas; aunque la lámina no ha de acreditar al fotógrafo, ha salido con los detalles necesarios y los contornos claros y precisos para que Vd. disponga, si así fuere de su agrado, que sobre ella se haga un buen dibujo por cualquiera de los reputados artistas que han elevado el crédito de LA ILUSTRACION DE MADRID á una altura envidiable para honra de nuestro país y de las artes, á que aquellos dedican su talento y buen gusto; de esta manera tendrán ustedes una vista exacta de los baños de Las Arenas, y por si quiere Vd. que al grabado, que agradecería con toda mi alma saliera de las manos del distinguido señor Rico, acompañen algunos datos sobre la historia de estos baños, sobre su presente y su porvenir, tome, sin escrúpulo de conciencia, de mi carta lo que estime pertinente para su objeto, pues le confiero plenos, plenísimos poderes para todo, menos para dar al público la modesta firma de su perseguido amigo.

No extraña Vd. que me concrete á la descripción de lo que Vd. no conoce, que me limite á hablarle de este nuevo establecimiento que puede competir, y compite en efecto, con los mejores de su especie y rivaliza con los que hemos visto fuera de España; no extraña usted que no dedique ni una sola línea á las bellezas de esta país privilegiado, á sus montañas eternamente cubiertas de una vejetación fresca y encantadora, á las morigeradas costumbres y al dulce trato de sus habitantes, que todo esto lo sabe Vd. de coro, mi excelente amigo, y lo ha estudiado y observado todo mejor y con más detenimiento que yo he podido hacerlo en el corto tiempo que llevo de accidental residencia entre los alegres vascos, huéspedes nobilísimos que no omiten medio para captarse nuestra estimación y agradecimiento.

D. Máximo de Aguirre compró al Estado en el año 1859 las marismas llamadas de Lamiazo. Era el señor Aguirre un hombre ilustradísimo, versado en el conocimiento de varias ciencias, muy aficionado á las letras y al estudio de los idiomas, algunos de los cuales poseía con rara perfección; en sus largos y frecuentes viajes tuvo ocasión de apreciar la ventaja que nos llevaban otras naciones en muchos puntos, y sobre todo en los verdaderamente prácticos y de aplicación inmediata al desenvolvimiento de la riqueza del suelo, y dotado como estaba de un espíritu emprendedor, de una actividad fecunda y del más entrañable amor á su tierra, saneó esas marismas á fuerza de constancia y gastando la respetable suma de tres millones de reales; su plan era muy vasto, y desde luego dedicó la mayor parte de los terrenos á la agricultura, y otra parte, la más próxima al mar, al trazado de una población de baños y de fincas de recreo; pero desgraciadamente no vio satisfechas sus aspiraciones, porque la muerte arrebató á su patria y á su familia en 1862 aquel honrado y laborioso vascoaguado y ejemplar padre, en el que una y otra debían fundar tan legítimas esperanzas.

Diéronle sus hijos una prueba de piadoso y filial amor, construyendo, en recuerdo de tan buen padre, una capilla en el centro de la futura población, y no sólo acogieron con gran fervor é hicieron suyo el pensamiento de fundarla, sino que muy pronto comenzaron á levantar cascas de campo y de recreo, y para impulsar más las obras, interesando á sus paisanos en la empresa que tantos beneficios había de producir á Bilbao, llegaron á vender dos millones de pies cuadradas en los terrenos que poseían, dividiéndolos en lotes garciales ó trozos de veintitres mil pies cada uno; mas la crisis general que sobrevino entonces, y luego la quiebra del ferro-carril bilbaíno paralizaron el desarrollo del proyecto, como perturbaron la marcha de todos los negocios mercantiles é industriales.

Surgían, además, otras dificultades, pues si bien habían dominado el mar, desvaneciendo los falsos y tristes augurios, no sólo del vulgo, sino hasta de muchas personas ilustradas que tuvieron por irrealizable aquella empresa, era necesario dominar otro elemento no ménos temible y perjudicial que el mismo Océano. Alzábanse hacia la parte de la playa grandes y áridas montañas de arena movediza que afeaban con su espantosa esterilidad y perjudicaban de diversos modos á la que ya podía llamarse *Faja de Lamiazo*; los más inteligentes despreciaban aquellas cerúidas arenas; todos aseguraban que jamás podrían vencerse las dificultades que ofrecían, ni habría medio de combatir su aridez, ni de edificar sobre ellas, y que eran de peor condición y otra formación que las famosas de las Landas y de Arcachon, donde es sabido que el ingeniero Mr. Breamthier ha conseguido detener y poner un dique á la invasión de aquellos mares de arenas que todo lo asolaban, y llegaron á sepultar bajo sus innumerables y pesadas capas iglesias y aldeas, llevando la devastación y la aridez á dilatadísimas superficies, en las que

se formaban nuevas y más insalubres marismas y pantanos con la obstrucción frecuente de los ríos y riachuelos; este prodigio de Mr. Breamthier, al que tanto deben las Landas, no podía repetirse; era una insigne locura intentar seguir el ejemplo de los que en un brevísimo espacio de tiempo habían fundado, como por arte mágica, el precioso pueblo de Arcachon... Tales eran los vaticinios y los juicios de los que conocían los terrenos de Lamiazo; la opinión estaba formada, era unánime, nadie se hubiera atrevido á disentir de lo que afirmaban los expertos y el vulgo.

Digo mal, disentían por fortuna los que debían repetir el milagro; disentían los hijos de D. Máximo de Aguirre; y en efecto compraron aquellos secos arenales, anunciaron, produciendo general asombro y tal vez lástima, que iban á edificar en la orilla misma del mar, sobre las movibles y estériles arenas, un gran establecimiento de baños, embellecido con su correspondiente jardín, y el establecimiento se ha construido en dos años y medio, y en el jardín crecen bellas y lozanas las más hermosas plantas, las flores más delicadas; ¡el prodigio, el milagro se ha repetido!

El establecimiento de Las Arenas, inaugurado ya en una de sus partes el año próximo pasado, obedece en su fundación y en su desarrollo á una idea completamente nueva en nuestro país, y nada tiene que envidiar á los más afamados que Vd. y yo hemos visto en el extranjero. Concédese, desde luego, que sus ilustrados propietarios, inspirándose en el pensamiento de su señor padre y viajando mucho, han estudiado con aprovechamiento los que de su índole existen en otros países muy adelantados, y que no han escaseado sacrificios ni diligencias para satisfacer las necesidades que está llamado á llenar, y que eran universalmente sentidas.

Se halla situado, como he dicho, en la orilla del mar, de modo que se aspiran constantemente sus frescas brisas, y los bañistas pueden sumergirse á todas horas en sus salobres y rizadas olas sin exponerse, como en otras partes, á las molestias de un largo paseo ó á las del sol y la lluvia, incomodidades que se experimentan en casi todos los puertos. El sistema de baños, preferible por mil razones al de Biarritz, no es otro que el de casetas en un todo iguales á las que ha visto Vd. en Ostende y en Brython, arrastradas por bueyes hasta el borde del agua, por baja que esté la marea. Componese de un edificio central en el que se hallan la biblioteca, el salen de baile y de lectura, las oficinas de la administración, cuartos de baños con pilas de mármol, un corto número de habitaciones de lujo para huéspedes, cocinas en los sótanos y otras dependencias; unidos á este cuerpo central por galerías de buena construcción, corren dos magníficos pabellones denominados de Portugaleta y de Algorta, de ciento setenta y cinco pies de fachada cada uno; el pabellón de Portugaleta está preparado para dormitorios y contiene cien camas; en el de Algorta, además de dos bonitos comedores en los que generalmente se sirve á las familias y á los que no son aficionados á la mesa redonda, hay otro de grandes proporciones y ricamente decorado, en el cual pueden tomar asiento hasta doscientas personas, á las que se sirve en tres mesas paralelas. Al lado opuesto del mar están los jardines, trazados á la inglesa, con un acuario, veinte pedos, colampios, gimnasio y otros entretenimientos propios del campo, que no llaman la atención tanto como la espléndida vejetación que se ha desarrollado en aquellos, vejetación inverosímil, amigo mío, pues no me cansaré de repetirlo, nadie creía hace dos años que pudieran darse, no ya las flores raras que arraigan en lo que entonces era un miserable arenal, sino que ni aun las plantas más raquílicas y ordinarias.

¿Qué he de decir á Vd. de la situación pintoresca de este grandioso establecimiento, rodeado de casitas de campo y de granjas agrícolas, acariciado en las mareas vivas por las olas que besan su escalinata? ¿Qué he de decir á usted de la perspectiva que se goza desde sus mismas ventanas? Emplazado á orillas de la agitada abra del puerto de Bilbao, ocupa el centro del arco que forman Algorta, Portugaleta y Santurce, y la vista de estos pueblos y de otros varios de la costa, de los que todas las mañanas se desprenden, como bandada de cisnes, mil hotes con sus blancas velas, de los que se emplean en la pesca, la barra con la continua entrada y salida de los buques de vapor y de vela, el horizonte limitado allí en el fondo por verdes montañas, que me recuerdan nuestras excursiones alpestres, todo esto constituye un espectáculo tan hermoso que me atrevo á asegurar á usted que no tiene igual, que es cien veces más bello que el que puede disfrutarse en la más favorecida estación de baños de España y del extranjero.

Estos desaliñados apuntes, tomados al correr de la pluma, bastan para que Vd. comprenda cuán dignos de

elogio son los esfuerzos con que los Sres. de Aguirre han creado en España lo que tanta falta hacía, y nadie con más vehemencia que Vd. echaba de menos: un buen establecimiento de baños de mar, que, respondiendo á las exigencias de la época en que vivimos, nos desviara de la dirección que emprendíamos todos los veranos, que nos evitara pasar la frontera. El problema está resuelto, y cuenta que el establecimiento de Las Arenas, aunque importantísimo, no es el punto de parada que se han impuesto sus propietarios, no es el objeto definitivo de su colosal proyecto, que seguramente sabrán realizar; no, su vista se extiende mucho más lejos, pues se proponen fundar una población grande y elegantísima, salpicada de casitas de recreo, que nada tenga que envidiar por su belleza y por las comodidades con que brinde á los forasteros, por el buen gusto en las edificaciones y jardines, y por la economía en los precios de alojamiento, á los pueblos de baños de Bélgica é Inglaterra.

Me he extendido en esta mi primera carta más de lo que debía; sólo en su inagotable bondad y en su cariño caben la indulgencia que necesita y pide su antiguo amigo.

G.

HISTORIA BREVE Y COMPENDIOSA

DE UNA PERSONA DECENTE.

Mi padre era un buen señor, montado á la antigua, cristiano como pocos, honrado como el que más, y el hombre más cándido que imaginarse pueda. Estos tesoros morales é internos se traducían al exterior por una pobreza que nunca llegó á ser de solemnidad, gracias á la estricta economía con que mi madre, que era otro ángel de bondad y de virtud, aplicaba al gobierno de la casa los exiguos medios de subsistencia que nos habían cabido en suerte.

Dios había bendecido esta santa unión: éramos seis hermanos, cinco hembras y un solo varón (muy servidor de Vds.), que habíamos ido creciendo y prosperando ellas en atributos y perfecciones domésticas, y yo en una ignorancia profunda que no columbraba cosa alguna más allá de la doctrina del padre Vives, y de unas sombras y léjos de gramática castellana que con escasas fortunas había intentado inculcarme el maestro de escuela del lugar.

Así llegué á la florida edad de los veinte años. Sin embargo, los hombres que habían corrido mundo decían que yo era un mozo muy listo, y aconsejaban á mi padre que me enviara solo y seguro á paecer en los campos anchurosos de la vida.

El pobre viejo hizo lo que pudo por no arrancar de su campo una yerba pardilla que amenazaba consumirlo todo, y un día se resolvió á tomar el consejo de los hombres que habían corrido mundo.

Me llamó á su cuarto, sentóse en su sillón de baqueta, tomó un polvo, y me dijo:

—Hijo mío, tienes veinte años: ya es hora de que te bastes á tí mismo. Toma estos cincuenta duros que he juntado para tí á fuerza de sacrificios, y véte á Madrid á buscar fortuna.

Tomé el dinero y mi padre añadió:

—Quiero darte ademas... (tení otra vez la mano, pero la retiré de vasio) quiero darte ademas mi bendición y un consejo: sé persona decente.

Al otro día subí en una galera que llevaba trigo á la corte de España y dejé para siempre los patrios lares.

Al salir de la aldea pregunté al carretero:

—Diga Vd., tío Pepe, ¿qué quiere decir persona decente?

El tío Pepe se rascó la cabeza y me dijo:

—¡Toma!... persona decente... persona decente es la que lleva la camisa limpia.

Con esta explicación me tendí sobre los sacos de trigo y dormí el último sueño de la inocencia.

Al llegar á Madrid me acomodé en la posada adonde iba á parar el tío Pepe; dejé allí los cuatro harapos que componían mi equipaje, y me salí á buscar fortuna por aquella Babilonia.

Para aprender el oficio de persona decente que me había aconsejado mi padre, necesitaba un maestro y no tardé en encontrar lo que buscaba. Á cuatro pasos de la posada me encontré con un señor muy bien vestido, muy atusado, muy erguida la cabeza, y que llevaba, sobre todo, una camisa muy limpia.

—Caballero, le dije, contándole el paso, Vd. debe ser una persona decente.

—Buen ojo tiene Vd., amigo, me respondió echándose el sombrero atrás y mostrando el principio de una ca-

beza que me quitó la luz de los ojos: Vd. debe ser forastero. ¿En qué puedo servirle?

—En una cosa que para Vd. debe ser tan fácil como sorberse un huevo: quisiera que Vd. me revalidase de persona decente.

—¿No es más que eso? replicó el de la cabeza reluciente: en ménos que canta un gallo va Vd. á saber sobre ese particular tanto como yo. Entremos en ese café y estaremos más cómodos.

Entramos, en efecto, en un salón que me pareció un palacio encantado; el de la calva pidió de comer y de beber, é invitóme á jugar de las mandíbulas dándome el ejemplo.—Hasta ahora no me parece mal el oficio, dije entre mí.

Pero, á la larga, viendo que el de la calva engullía á más y mejor y no decía esta boca es mía, me pareció conveniente apretarle de puntos, y le dije:

—Pero vamos á ver, señor mío, ¿qué se entiende por persona decente?

El de la calva se levantó de la mesa, se bebió la última copa de Jerez, y tomó el camino de la calle diciéndome:

—Persona decente es la que paga.

Me quedé viendo visiones; pero la vision que más me sorprendió fué la de un mozo del café que me pidió sesenta reales por lo comido y bebido.

Pagué la leccion, y salté del café sospechando si el tío Pepe se habria equivocado al señalarme la camisa limpia como atributo de las personas decentes.

—No debe estar el qué en la camisa, dije para mí. En esto acertó á pasar un mendigo que no la llevaba y me pidió una limosna.

—Diga Vd., hermano, le pregunté: ¿qué entiende usted por persona decente?

—Persona decente es la que no dá de limosna ménos de dos cuartos, respondió el mendigo besando de mala gana un ochavo moruno que le dí por la leccion.

Seguí la calle adelante muy poco satisfecho del resultado de mis investigaciones, cuando de pronto oí unos gritos cerca de mí: volví la cabeza y vi al señor de la calva que con los ojos echando chispas y enarbolando el baston, amenazaba á un individuo, diciéndole con voces descompasadas:

—¡Canalla! ¿Te atreves á sostener que te debo dos paras de guantes? ¡Toma! ¡Con eso aprenderás á tratar como se debe á una persona decente! Y en pos del ¡toma! descargó sobre la cabeza del infeliz un palo que le aplastó el sombrero.

El de la calva siguió su camino y yo me acerqué á la víctima que se quedó plantada en la acera con los brazos cruzados, siguiendo con la vista á su verdugo y diciendo entre dientes:

—¡Persona decente! ¡eh! ¡persona decente!

—Oiga Vd., amigo, le dije yo acercándome con mucha política: ¿Me podrá Vd. decir á punto fijo, y sin que me cueste el dinaro, qué se entiende por persona decente?

—¡Ah! ¡Vd. quiero saber lo que se entiende por persona decente? respondió echando espuma por la boca; pues voy á decirselo á Vd.: la cosa es muy sencilla; no le pague Vd. al sastre la ropa, al guantero los guantes, al zapatero las botas, á la camisería las camisas, al casero el alquiler, *et sic de ceteris*, y cátese Vd. tan persona decente como ese caballero que me acaba de romper la crisma.

—¿En qué quedamos? pensé yo entonces: el de la calva me hace ver prácticamente que el misterio consiste en pagar, y este otro me asegura que el toque está en guardar el bolsillo. Pues señor, en la duda atengámonos á lo segundo.

Y pensando y andando me encontré á la puerta de un almacén de ropa hecha, que fué venírseme la ocasion á la mano. Entré y pedí un traje completo. Metieronme en un gabinete muy elegante y me vistieron de piés á cabeza. Cuando estuve equipado á mi gusto, saludé, por lo que es la buena crianza, y tomé el camino de la puerta.

—Oiga Vd., caballero, me dijo el sastre, se olvida usted de pagar.

—¿Cómo pagar? respondí sorprendido; yo no pago nunca; soy una persona decente.

El sastre cogió una vara de medir y se vino á mí con intención de medirme las costillas:

—Oiga Vd., amigo, me dijo cerrándome el paso, suelte Vd. esa ropa al instante ó voy á ponerle el cuerpo de modo que, no digo persona decente, pero ni persona á más vuelve á ser en toda su vida.

Entré en el gabinete sin responder palabra, y me despojé del traje con no poco sentimiento: y como en la inocencia de mi corazón no podía explicarme la conducta del sastre, le dije al salir:

—Yo creía que el ser persona decente consistía en no pagarle al sastre la ropa, al guantero los guantes, al zapatero las botas...

—¡Ta, ta, ta, ta! repuso el sastre: Vd. ha oído campanas y no sabe dónde, amigo; persona decente es la que tiene crédito aunque no pague nunca.

—¡Crédito! iba yo diciendo por la calle al salir del almacén; crédito! ¿Conque la rueda catalina de la decencia se llama crédito? Corriente, no se me olvidará: á lo ménos por esta vez la leccion no me ha costado más que un amago de paliza.

Preguntando y como pude me encaminé á la posada á descansar de mis fatigas, con la firme resolución de averiguar qué cosa fuese aquel precioso aditamento que encerraba tan maravillosa virtud. Sin embargo, la experiencia de mi primera campaña iba desarrollando en mí un instinto de prudencia que me advertía que estaba entre lobos, y en medio de las nieblas de mi ignorancia empezaba á despuntar una lucecita tenue y vacilante que luchaba con las nieblas de la inocencia.

Sentéme en el patio del meson y empecé á reflexionar. Pero en vano esprimí todo el jugo de mi inteligencia, que no era mucho, para deducir una consecuencia cualquiera de los datos que acababa de adquirir por sesenta reales y un ochavo: todas mis reflexiones se estrellaban contra la imposibilidad de descifrar el sentido de la palabra crédito.

Cansado de discurrir monté la pierna derecha sobre la izquierda, apoyé la cabeza en la pared, y me dispuse á dormir el primer sueño del hombre de negocios. Á poco vi que se extendía delante de mí una inmensa telaraña formada de un tejido maravillosamente sutil, por la cual discurrían y revoloteaban con gran actividad una multitud de abejas laboriosas. Á lo léjos, en el fondo de una especie de caverna revestida de un oropel que quitaba la luz de los ojos, se veía una araña enorme, cubierta de un vello dorado y suave como el raso, montada sobre un laberinto de patas flexibles como la seda, que acechaba la ocasion de hacer una vara un la colonia industriosa que se afanaba sobre el insidioso tejido.

Al aspecto de aquel monstruo desperté sobresaltado. Había cerrado la noche y se oía por todas partes gran algazara, producida por las conversaciones de los arrieros que cenaban alegremente, por el tañer de las guitarras y los cantares de la gente de buen humor. En medio de este bullicio oí cerca de mí el susurro de unas voces que cautivaron mi atención.

—Oiga Vd., Sr. Antonio, decía una de ellas, ¿es que ya no tengo crédito?

—¡Se burla Vd., D. Rafael! replicaba la voz del posadero: si le he pedido esos cuartos es porque los necesitaba para una urgencia. Pero si á Vd. le molesta, no se hable más del asunto: ya me los dará cuando pueda y quiera: Vd. es el amo y sabe que tiene crédito en mi casa.

Miré hácia dónde las voces resonaban y vi al posadero y á su interlocutor que, despues de darse un cordial apretón de manos, se encaminaban el uno hácia la cocina y el otro hácia la escalera que conducía á los cuartos de la posada.

—¿Uno que tiene crédito! exclamé levantándome de la silla. ¡Ya he encontrado mi hombre!

Subí la escalera en pos de mi D. Rafael, y viendo que con la palmatoria en la mano y una llave en la otra se disponía á entrar en uno de los cuartos del tercer piso, alcancéle en dos zancadas, y quitándome cortosamente el sombrero, le dije:

—Aunque Vd. perdone, Sr. D. Rafael, ¿quiere usted oír dos palabras?

El hombre me miró de arriba abajo, y metiendo la llave en la cerradura me respondió:

—Entre Vd. y hable todas las palabras que quiera.

Entramos, me ofreció una silla, sentóse en otra, apoyó el codo sobre una mesa y la cabeza sobre la mano, cruzó una pierna sobre otra y se puso á mirarme fijamente, como diciendo: reviente Vd., amigo; ya le escucho.

—Caballero, le dije, sé que es Vd. una persona decente.

El hombre hizo un gesto como si oliere cosa mala, y cambiando de postura se puso de codos sobre las rodillas, miróme á la cara y me preguntó:

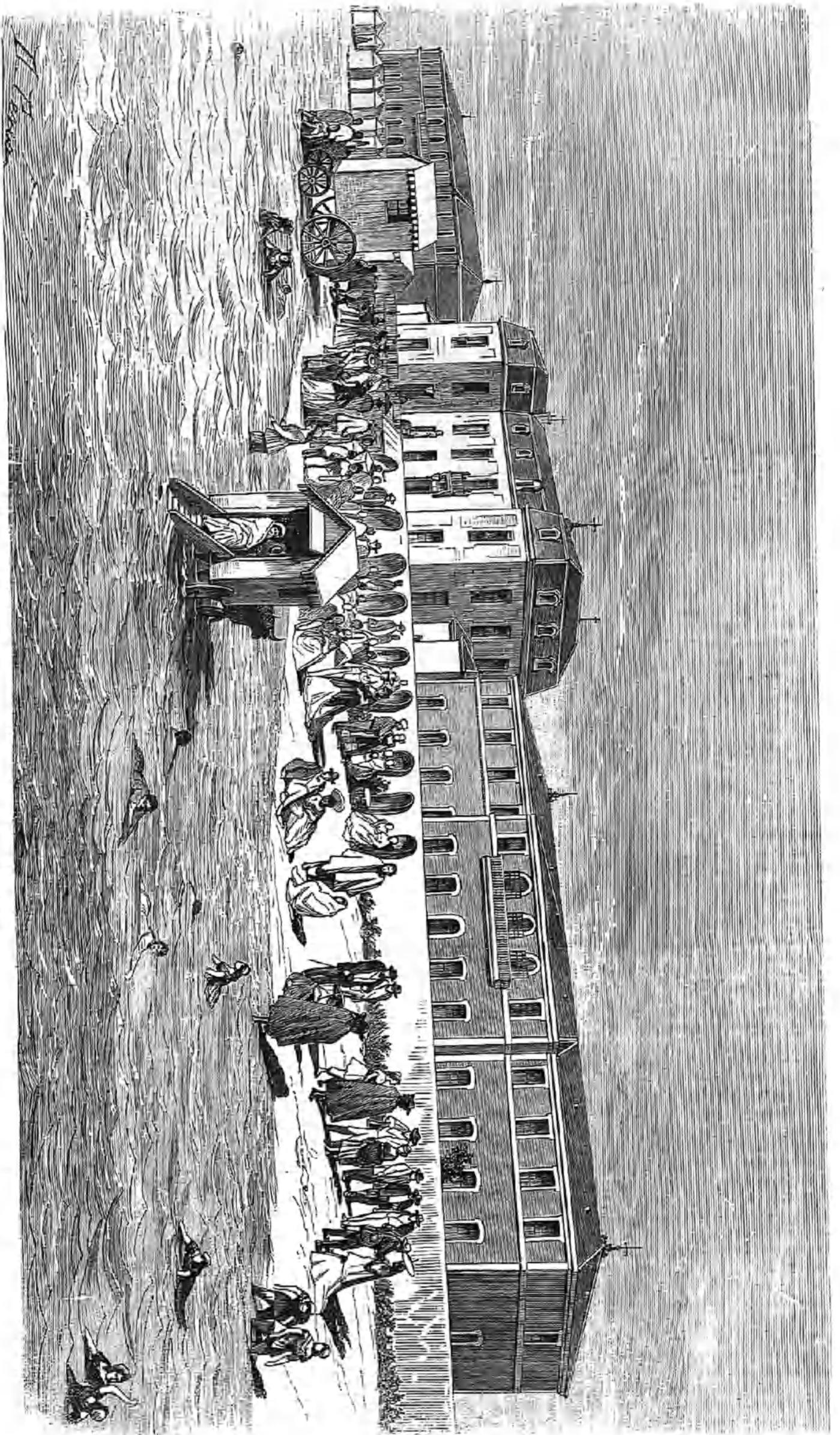
—¿En qué me lo ha conocido Vd., amigo?

—En que tiene Vd. crédito, replicó.

Á estas palabras siguió una pausa sembrada de unas exclamaciones en: ¡Ah! ¡Eh! ¡Uh! ¡Oh! ¡Uh! cuyo sentido no pude comprender.

Despues me dijo D. Rafael.

—Y vamos á ver: suponiendo que yo tenga crédito y sea una persona decente, ¿en qué puedo servir á Vd.?



BANOS DE MAR DE "LAS ARENAS" (BILBAO.)

—Quisiera saber á punto fijo qué se entiende por crédito.

—¡Ah! Vd. no sabe lo que es crédito? ¡Hace mucho que vive Vd. en Madrid!

—Ha llegado esta tarde.

—Sí, se conoce, repuso D. Rafael examinándome de pies á cabeza. Pues bien, amigo, el crédito es como si dijéramos la fé moderna; una aptitud del siglo por la cual el hombre, que empieza á dudar de todo, se ve condenado á creer en el hombre. Es una teología amañada del positivismo que no podría Vd. comprender sino en el terreno de la práctica. Veamos: ¿á qué ha venido Vd. á Madrid?

—Á ser persona decente.

—Muy bien: ¿trae Vd. dinero?

—Cincuenta duros, menos tres y un ochavo.

—Endeble palanca es; pero con ella me atrevería yo á levantar ese globo de cristal que se llama crédito. ¿Quiere Vd. que juntemos los capitales y trabajemos en común? Á la vuelta de dos años es Vd. persona decente. Vd. pondrá el capital, yo la inteligencia, y dentro de poco habremos sacado un mundo de la nada. Acabo de adquirir la plena posición de un bien que se llama experiencia: me ha costado mucho de conseguir y, como sucede casi siempre, ha llegado algo tarde: ella entraba en mi casa á tiempo que salía el último real. Somos, pues, dos entidades que nos completamos recíprocamente; dos guarismos que no representan de por sí ningún valor, pero que sumados pueden ser la base de una gran fortuna. Pues bien, sí ó no, como Cristo nos enseñó: ¿acepta usted mi proposición?

Aquel hombre me dominaba: andando el tiempo comprendí que los genios son en este mundo más raros de lo que parece. Respondí sin vacilar.

—Acepto.

—Está bien, replicó D. Rafael: dos palabras y queda cerrado el convenio. ¿Es Vd. vanidoso?

—Creo que no.

—¿Es Vd. melindroso de conciencia?

—No sé lo que es eso; pero me parece que no.

—Vengan esos cinco y aquellos cincuenta menos tres y no se hable más del asunto.

Con una mano apresó la mía, con la otra tomó el dinero, y á los tres días, transformados en horchateros valencianos, paseábamos por los barrios bajos de la villa y córte dos garapiñeras henchidas de un líquido indefinible que añando los días había de ser la savia vital de nuestra fortuna.

El verano fué productivo. D. Rafael se metía en todas partes, halagaba á todo el mundo: con éste se fingía republicano rojo, con aquél renegaba de las contribuciones, con el de más allá hablaba de la hula y de las Cuarenta Horas; halagaba todas las creencias, se atemperaba á todos los caracteres, vivía con todo el mundo; en una palabra, se dió tan buena maña con este tira y alaja, y obró tantas maravillas con su pico de oro, que al poco tiempo se captó la parroquia y la simpatía de todo el mundo.

Al llegar el invierno se había granjeado el crédito necesario para establecer un despacho de vinos en la calle de Toledo.

Por espacio de un año cumplimos escrupulosamente



ENCOMO. SEÑOR DON AUGUSTO ULLOA.

nuestros compromisos y vendimos bastante veneno para reunir un capitalejo. Entonces empezamos á prestar dinero al mil por ciento, y en poco tiempo dejamos agraciada y en cueros á nuestra parroquia.

Nuestro capital sabía como la espina y nos lanzamos á empresas mayores; vendimos el despacho de vinos y abandonamos para siempre la humilde corteza que nos había ayudado á subir los primeros escalones de la fortuna.

Nos vestimos de personas decentes y penetramos resueltamente en un nuevo mundo: digo mal, para don Rafael todos los mundos eran conocidos; era el genio multiforme de la especulación. Entró con paso firme y seguro en las regiones del negocio y los padres de la trampa tuvieron que humillar la frente en presencia de aquel genio creador. Sus facultades se centuplicaban á medida que se ensanchaba la órbita de sus operaciones; los obstáculos no hacían más que acrecentar la energía de hierro de aquel terrible explotador de la humanidad, y llegó un día en que yo, al considerar el sinnúmero de víctimas de que habíamos sembrado el camino de la fortuna, al medir el profundo desden con que aquel hombre extraordinario paseaba su carro triunfal sobre los despojos de sus semejantes, llegué á imaginar que hay genios fatales para el mundo que se transforman en cada siglo, que adoptan los caracteres de cada civilización, y se llaman ayer Gengis-Kan, hoy D. Rafael.

No puedo decir á punto fijo sobre qué montones de ruinas se levantó el alcázar de nuestra fortuna. Lo que sé es que en nuestra larga excursión por los amarraña-

dos senderos del negocio, no tropezamos nunca en el Código criminal.

Un día me dijo mi socio:

—Ha llegado la plenitud de los tiempos: somos ricos, y por consecuencia personas decentes. Desde hoy queda disuelta nuestra sociedad: he cumplido religiosamente mi promesa y no puedes quejarte de mi honradez. Toma tu parte y vé á gozarla en paz en cualquier rincón de provincia donde no puedas verte á merced de los genios finestros de la especulación que viven en los grandes fondos como los estáceos. Allí te nombrarán alcalde ó diputado á Cortes; alternarás con lo más granado de la población y pasarás una vida tranquila y regalada, querido y respetado por tus conciudadanos. Yo he nacido para la lucha, añadió D. Rafael, revolviendo en torno su mirada vidriosa y sombría, y no puedo detenerme en el camino: el guarismo me arrastra.

Tomé el cuantioso capital que me correspondía y me separé de mi terrible Mentor, de quien no he vuelto á saber desde aquel día. ¿Dónde está? ¿Cómo se llama ahora? ¿En qué golfo turbulento agita aquel monstruo sus poderosas narices? ¿A qué proporciones colosales ha conseguido elevar aquel Hiaréo de la trampa la bola de nieve que ha arrastrado consigo tantos despojos, se ha empapado de tantas lágrimas, ha causado tantos dolores, ha pasado sobre tantas miserias y ha abogado bajo su pesada mole tantas esperanzas? Lo ignoro: á veces me parece que todo lo que ha pasado por mí no es más que la continuación de aquel sueño de la posada en que

se me apareció la terrible imagen de la araña y las abejas.

Seguí el consejo de D. Rafael y me establecí en una ciudad de provincia: invertí una considerable parte de mi capital en hienas nacionales y monté mi casa con un lujo asiático. Me casé con una rica heredera; abrí mis salones á la culta sociedad y nadie me pidió cuenta de mi vida.

Ahora soy una persona decente; tengo crédito; pago como quiero y cuando quiero; hago limosnas que no bajan de dos cuartos; convido á todo el mundo; llevo la camisa más limpia de la población y todos me consideran y solicitan mi amistad, lo mismo la sociedad equivoca que las personas que pasan por honradas.

Sin embargo, entre estas últimas hay dos ó tres que me conocen y no me dan nunca la mano.

Pero esta gotita de hiel no acibara mi espléndida existencia de persona decente.

PEREGRIN G. CADENA.

LA INDUSTRIA AZUCARERA EN ANDALUCIA.

COLONIA AGRICOLA DE SAN PEDRO ALCÁNTARA.

Una de las industrias más interesantes, entre las muchas que el genio industrial de este siglo ha creado, es la de la fabricación de azúcar; industria que, si bien existía ya al comenzar el siglo XIX, era de una manera mezquina, limitada á escasas regiones intertropicales, y sobre todo sus procedimientos eran esencialmente rudimentarios y esencialmente rústicos.

Muy diferentes son hoy su importancia y sus procedimientos; pues no hay ninguna otra en que las ciencias aplicadas hayan producido resultados más admirables desde la fecha en que, á consecuencia del bloqueo del continente europeo, se dedicaron los ingenios y los capitales de Francia y de Alemania al cultivo industrial de las plantas azucaradas y á la extracción del azúcar contenido en sus jugos.

A pesar de ser España una nación eminentemente agrícola, es, sin embargo, una de las más atrasadas de Europa en las artes agrícolas. Existen, sin embargo, ejemplos notables que demuestran todo lo que pudiera conseguirse si las clases ricas é ilustradas se dedicaran con empeño y preferencia al cultivo de la tierra, pues nada ménos que eso sería necesario para restaurar la riqueza territorial; y sin embargo, nada indica que semejante revolución en los hábitos de la población esté próxima á efectuarse.

Uno de los ejemplos más dignos de llamar la atención es el que ofrecen en las provincias de Málaga y Granada el cultivo de la caña y la fabricación del azúcar. Hace pocos años que se montaron las primeras fábricas, y el número de ellas asciende hoy á quince ó diez y seis, cuyo producto anual es de unos sesenta millones de reales.

Aunque la provincia de Granada es la que produce mayor cantidad de azúcar, es en Málaga en donde debe buscarse el origen de esta industria, ya practicada allí, aunque en muy pequeñas proporciones, antes que los esfuerzos y los capitales del marqués del Duero, de Heredia, de Larios y de otros ricos propietarios, viniesen á estimular el cultivo, en grande escala, de la caña, y la fabricación perfeccionada del azúcar.

Uno de los aspectos más importantes de la industria azucarera es la cuestión de saber hasta qué punto pueden estar separadas la parte agrícola, ó sea el cultivo y cosecha de la caña, y la parte manufacturera, que consiste en extraer de la caña madura el azúcar que está disuelta en su jugo. A medida que en las provincias de Andalucía se desarrolla la industria azucarera se hace más y más interesante esta cuestión, que es realmente de una importancia magna para los intereses de los fabricantes de azúcar. Comprendiéndolo así estos últimos dirigen hoy toda su atención hacia ella, adquiriendo cada día más fuerza entre los fabricantes la opinión, que es muy exacta, de que la parte agrícola debe estar subordinada á la manufacturera. Y los fundamentos de esa opinión son tan positivos y convincentes, que es ya muy marcada la tendencia que se observa entre los fabricantes de azúcar á hacerse dueños de los terrenos en que crecen las cañas que alimentan sus fábricas.

Hay, sin embargo, una propiedad, única en su clase en las provincias azucareras, á cuya fundación ha precedido la idea de unir en una sola explotación la parte agrícola y la parte manufacturera, no concediendo á la primera sino el grado de independencia que sea necesario para asegurar el buen cultivo de la tierra. Ese establecimiento es la colonia de San Pedro Alcántara, situada cerca de Marbella, á unas doce leguas de Málaga, y en él, después de muchos años de grandes esfuerzos y de crecidos desembolsos de dinero, ha llegado por fin su propietario, el marqués del Duero, á realizar su pensamiento industrial, pensamiento que si no alcanza aún á su completo desarrollo, puede decirse que está realizado ya en todo lo que es más esencial é importante; pues lo que falta para su complemento es fácil de obtenerse y se obtendrá con la sola acción del tiempo y de una buena dirección en los trabajos de la empresa.

La colonia de San Pedro Alcántara es interesante, no sólo desde el punto de vista industrial, sino porque su existencia y su próspera carrera se prestan á reflexiones muy útiles, de un orden más elevado, supuesto que es el primer ensayo que se hace de una colonización agrícola cuya organización consiste simplemente en contratos de arrendamientos por seis años, prorrogables á voluntad de las partes.

La colonia está establecida en la faja de tierra comprendida entre las vertientes meridionales de la serraña de Ronda y el Mediterráneo, y su situación es de lo más bello y pintoresco que pueda imaginarse. Su extensión superficial es de cien kilómetros cuadrados, ó sea diez mil hectáreas, que pueden clasificarse en tres categorías, á saber:

| | |
|---|----------------|
| Terrenos fértiles de regadío..... | 600 hectáreas. |
| Idem, id. de medio riego, ó sea de riego de primera..... | 800 " |
| Tierras de secano (para viñedos, pastos, montes, etc.)..... | 3.600 " |
| | 50.000 " |

En un punto elevado y casi central de los terrenos de regadío, se ha fundado el pueblo de San Pedro, cuyas bien construidas y ordenadas casas de mampostería están principalmente habitadas por familias de colonos; y hay además en toda la extensión de la colonia otras muchas casas y cortijos ocupados también por familias de colonos labradores.

El pueblo es el centro administrativo de la colonia, y actualmente, además de los edificios de la administración, tiene ciento ochenta casas. Lo más notable de él es su plaza principal, rodeada de sencillos pero elegantes edificios y de numerosas huertas y arbolados. El principal edificio es la iglesia que, aun para dentro de algunos años, cuando la población haya aumentado hasta duplo ó el triple de su actual número, será ampliamente suficiente para todas las ceremonias del culto católico. La población actual de la colonia es de unos mil habitantes.

En los primeros años las condiciones sanitarias de la localidad parece que dejaban bastante que desear, según explican sus mismos habitantes; pero hoy, gracias á haberse puesto las tierras en cultivo y desecándose los pantanos, han desaparecido las causas de insalubridad y la mortalidad es notablemente exigua.

El puerto de Marbella, que está contiguo á San Pedro, le facilita medios económicos de comunicación y de transportes; y la carretera de Málaga á Cádiz, no terminada aún, atraviesa la propiedad en la dirección de su mayor longitud, de Este á Oeste. Esa longitud es de once kilómetros.

Entre las sierras que limitan por el Norte los terrenos de San Pedro, y el mar que les sirve de límite hacia el Sur, la dimensión de la colonia es menor y varia entre ocho ó diez kilómetros.

Las sierras de la parte del Norte contribuyen, más que ninguna otro accidente natural, á crear el mérito especial de los terrenos de San Pedro, aun sin tener en cuenta lo que contribuyen á la belleza del paisaje.

En primer lugar, sirven esas sierras de abrigo contra los vientos helados del Norte, y como el mar está tan próximo á las faldas de las sierras, contribuye esto también á templar la atmósfera local, de tal manera que al aire libre crecen allí casi todas las plantas tropicales.

Esas mismas montañas dan origen al nacimiento de manantiales y de ríos, cuyas aguas irían á perderse en el mar, si por medio de un hábil sistema no se distrajerse su curso para regar con ellas los campos de la colonia, sembrados de caña.

Y por último, las aguas bajan de los montes tan mezcladas con materias fertilizantes, así minerales como orgánicas, que sus sedimentos constituyen en algunos casos verdaderos aluviones que fertilizan las tierras cultivadas.

La caña de azúcar, que es en España una planta exótica, requiere aquí como condiciones indispensables para su desarrollo: Primero, vivir al abrigo de los vientos fríos y de las heladas; Segundo, recibir abundantes riegos en los meses de primavera y verano; Tercero, ocupar un terreno que naturalmente sea fértil.

Estas tres condiciones las reúnen en alto grado los terrenos de San Pedro destinados al cultivo de la caña; y así se explica cómo los campos poblados de caña que el viajero contempla allí, produzcan riquísimas cosechas de azúcar.

Pero las condiciones naturales del terreno no serían bastantes para asegurar la producción en grande escala de la caña, si el trabajo y la ciencia del agricultor no cooperasen á ese fin por medio de las labores y de los abonos.

La buena elección de estos últimos es quizá la cuestión más difícil de todas las que se relacionan con el cultivo industrial de la caña, pues aunque son muy numerosos los abonos que se emplean, con aparente acierto, para activar la vegetación de la planta, son también muchos, entre ellos, los que, aunque hacen adquirir gran desarrollo á la caña, es con detrimento de la cantidad y de la calidad del azúcar. En rigor puede decirse que el azúcar se forma exclusivamente á expensas del aire y del agua, y esta consideración y las que se refieren á la defecación del jugo y á la cristalización del azúcar, son las que deben servir de guía para la elección y la preparación de los abonos más convenientes para los campos de caña.

Para tratar esta cuestión de los abonos, sería preciso entrar en una difícil digresión química. Mas en San Pedro Alcántara parece que se ha discutido suficientemente la cuestión, pues el sistema adoptado allí responde á todas las exigencias de la planta azucarada. Ese sistema consiste principalmente en no quemar el bagazo, sino trasformarlo todo en abono descompuesto

por medio de los estiércoles, y empezará á recibir su completa aplicación desde este año en adelante. No habiendo sido posible hacerlo antes de ahora, porque la caña se exportaba toda de la colonia. La aplicación del bagazo como abono hará necesario el empleo del carbón de piedra como único combustible en la fábrica de azúcar.

Como la superficie cultivable es tan extensa, y como apesar de los trabajos hidráulicos que se están ejecutando, todavía quedarán algunos terrenos fértiles que, así por su mucha distancia á la fábrica de azúcar, como por no ser susceptibles de recibir riegos copiosos en todas extensiones, no es conveniente destinarlos para plantaciones de caña, se propone el marqués del Duero hacer nuevos y variados ensayos con el objeto de averiguar si el cultivo de la remolacha es ó no posible en el clima de Andalucía. Los datos que hasta ahora ha adquirido el marqués, y los ensayos hechos en su propiedad, en pequeña escala, lo conducen á prejugarse favorablemente la cuestión; pero no son aún suficientes para considerarla resuelta. Esos experimentos continúan, y antes que trascurren muchos meses se habrán hecho en número y escala suficientes para que arrojen alguna luz sobre ella.

El fin á que desde el nacimiento de la colonia aspiraba el marqués del Duero, era el establecimiento de una gran fábrica de azúcar, montada con los aparatos más perfeccionados de la época, y de bastante magnitud para poder trabajar las cañas de todo los terrenos de regadío de la colonia. Ese propósito está ya realizado, y con la fabricación en grande escala del azúcar comienza la verdadera era económica de esa gran propiedad, y empezarán á recogerse los frutos del capital y del trabajo invertidos así en los campos y fábricas como en la colonia aisladamente considerada.

Hasta ahora, como no existía la fábrica de azúcar, se vendía la caña á los fabricantes de Málaga, que hacían por su cuenta la cosecha de azúcar, y obtenían por consiguiente los beneficios de su fabricación. Pero desde este año no se exportará ninguna caña de San Pedro, sino que toda se empleará allí mismo para fabricar el azúcar.

La fábrica que acaba de instalarse es suficiente para moler hasta 20.000 arrobas de caña diariamente, ó sea 2 millones arrobas en cada campaña, lo que, á razón de 8,5 por 100 de rendimiento, significaría una producción anual de 170.000 arrobas de azúcar. Pero aunque así la fábrica como la máquina de moler están construidas en prevision de esa gran producción, no se han instalado aparatos sino para la mitad de esa tarea, es decir, para producir en cada campaña 85.000 arrobas de azúcar, siendo muy fácil instalar en pocas semanas las piezas necesarias para hacer subir la producción al máximo de 170.000 arrobas de azúcar cada año.

Las máquinas y aparatos están construidos por los Sres. Fausett Preston y Compañía, de Liverpool, que son los fabricantes más famosos de Inglaterra para esa clase de maquinaria; y están funcionando con éxito completo desde el día 16 de mayo último, en que se inauguró la fábrica.

Después de la fábrica de azúcar, lo que hay más digno de llamar la atención son los trabajos hidráulicos que se están realizando con el objeto de aprovechar y economizar en beneficio de las tierras plantadas de caña todo el caudal de aguas de los ríos Guadaluza, Guadaluza y Guadaluza, que atraviesan las tierras de cultivo en todo su ancho, de Norte á Sur. El volumen de agua que puede utilizarse es inmenso; y si los trabajos proyectados, ó en vía de ejecución, llegan á terminarse todos, se asegurará agua suficiente para sostener el cultivo de más de mil fanegas de cañaverales.

Es inútil hacer aquí la descripción de esos trabajos, que dirige un entendido ingeniero, porque sería imposible dar cuenta de ellos sin el auxilio de planos topográficos. Pero el conjunto de las obras es tal que, una vez realizadas, valdría la pena hacer una excursión á San Pedro Alcántara, sólo para examinar el sistema de aprovechamiento de las aguas, aunque no hubiese allí otros objetos dignos de fijar é interesar la atención del viajero.

Si de la descripción material de la propiedad del marqués del Duero se pasa á otro orden de ideas, la colonia de San Pedro Alcántara puede prestarse á consideraciones muy importantes.

Al reflexionar sobre las causas del atraso de la agricultura se descubrirían muchas razones, algunas de ellas muy complejas, que darían completa explicación del hecho. Una de las más importantes es la poca acción que aquí se observa por la vida rural, lo que impide que la ilustración, y los capitales, y el espíritu industrial se difundan en los campos. La ausencia continuada

de los grandes propietarios tiene por resultado inevitable, aunque más ó ménos lento, la decadencia de la agricultura y el empobrecimiento de la población rural; mientras que la dirección personal de propietarios inteligentes engendra prodigios casi increíbles, pues llegan hasta modificar las propiedades de los terrenos y las condiciones climatológicas de las localidades.

Sólo mediante el trabajo y la aplicación personales de agricultores entendidos y ricos, es como pueden adoptarse los sistemas perfeccionados é intensivos que consisten en consagrar á la explotación de la tierra toda la suma de capitales que sea necesaria para mejorarla, siempre que de esas inversiones se obtenga un interés satisfactorio: pues el empleo de nuevos capitales debe limitarse desde el momento en que su inversión no produzca beneficios positivos y palpables, en relación con el precio del dinero y con el interés de los capitales agrícolas.

Las consecuencias de un sistema bien entendido de economía rural son múltiples.

Desde luego se obtienen cosechas más abundantes, ya sea en granos ó otras sustancias alimenticias, ya en materias primas para la industria manufacturera.

Además se asegura el interés de los capitales agrícolas, y se atraen nuevos capitales hacia esta fecunda industria.

Por último, la fertilidad de la tierra, lejos de disminuir, se aumenta cada año á medida que se producen mayores cosechas.

Estos resultados tan diversos, que á primera vista parecen contradictorios, son no solamente posibles sino que en muchos países son un hecho positivo, y proceden de una situación normal de la agricultura. Pero es preciso repetir, la primera é imprescindible condición es que los grandes propietarios de la tierra sean los que prácticamente den el ejemplo y vayan siempre en la vanguardia del progreso agrícola. Sin esta condición todos los recursos naturales y la inversión de los más grandes capitales serían incapaces de producir otra cosa que resultados más ó ménos interesantes, pero pecunariamente ruinosos.

Pues el obtener los admirables resultados de un sistema perfeccionado, y que al mismo tiempo sean productivos los capitales invertidos en la agricultura, si bien es empresa posible, está, sin embargo, muy lejos de ser fácil, y así es que la ciencia del agricultor es hoy tan difícil y complicada como pueden serlo las carreras más científicas de la época.

Siendo el arcear una sustancia que en definitiva no extrae ningún principio de la tierra, no debiera haber cultivo en que fuese ménos difícil llegar á la perfección que el cultivo de la caña; y sin embargo, sucede que los campos de caña se empobrecen en todas partes, lo mismo que si en ellos se cosecharan granos ó otros productos más exigentes que el arcear. Pero ese empobrecimiento gradual de los campos plantados de caña procede de causas muy conocidas, y puede evitarse con ménos dificultad que el empobrecimiento de las tierras destinadas á otras producciones; y los medios que desde este año se propone emplear el marqués del Duero son precisamente los que mejor pueden realizar el desiderata de todo agricultor, es decir, obtener un producto neto que satisfaga sus esperanzas, sin disminuir, ántes al contrario, aumentando cada año la fertilidad de la tierra.

Otra consideración muy importante, y por esta vez será la última, es la de la influencia que las empresas agrícolas como la colonia de San Pedro pueden ejercer en la población rural.

La falta de buenas relaciones entre los grandes propietarios de la tierra y los habitantes de los campos, al mismo tiempo que es un obstáculo para la mejora de la agricultura, es también un peligro para el orden social; y nada contribuya tanto á establecer esas buenas relaciones como el contacto inmediato y necesario entre las diversas clases de la población que viven de la agricultura. De esa suerte no solamente consiguen las clases más pobres asegurar su bienestar material y el porvenir de sus familias, sino que el progreso agrícola se hace entonces posible, convirtiéndose la ciega resistencia que generalmente oponen á él los campesinos en un provechoso deseo de mejorar las prácticas rutinarias; deseo que nunca se despierta de una manera fácil entre la gente del campo, sino que es preciso inculcarles, aunque sea muy lentamente, mediante ejemplos palpables é innegables, que los convencerán forzosamente; ejemplos que sólo las clases superiores pueden darles.

Esto se consigue ya en San Pedro, y es un espectáculo agradable el ver en las personas y en las viviendas de las familias de colonos, las señales inequívocas de una situación de progreso y de esperanzas, en medio de un bienestar positivo.

En suma; todo concurra en la colonia de San Pedro á demostrar que por medio del trabajo bien dirigido y con el auxilio del capital, es como mejor se consigue la felicidad de las poblaciones rurales y el aumento progresivo de las riquezas. Y al mismo tiempo que ese gran establecimiento tiene tanto interés desde el punto de vista de la economía rural, no lo ofrece menor en lo que hace á la cuestión especial del cultivo de la caña de azúcar, cultivo que, así en Málaga como en Granada, ha adquirido mucha importancia en estos últimos años, y está destinado á ser una fuente inagotable de riquezas para ambas provincias.

U.***

BIBLIOGRAFÍA.

Viaje de Ceylan á Damasco, golfo Pérsico, Mesopotamia.—Reseñas de Babilonia, Nisios y Palmira y cartas sobre la Siria y la isla de Ceylan, por D. Adolfo Rivadeneyra.

I.

Un libro escrito en la hermosa habla de Cervantes sobre viajes, digno por sus méritos de los honores de la crítica, es acontecimiento tan raro y singular en los tiempos presentes, que bien pueda señalarse su aparición con piedra blanca en la lista de nuestras efemérides literarias. Viajeros intrépidos los españoles cuando el viajar era árdua y arriesgada empresa, exploradores atrevidos de regiones ignoradas cuando el atraso de la lingüística con la falta de medios de comunicación rodeaban esta linaje de empresas de grandes peligros y reacias dificultades, contentábase hoy con llegar hasta los boulevares parisienses, y con explorar allí los intrincados y oscuros misterios de la sociedad equívoca que suele elegirlos como teatro y palestra de sus hazañas. Perdióse ó se amenguó por extremo, entre nosotros, la afición que dominaba á nuestros padres; y aquel espíritu de aventura que les hacía renunciar á las delicias del hogar doméstico para buscar en apartados climas emociones que satisficieran su compleción robusta y vehementemente, trocóse en inesplicable encogimiento y efectivo desvío de lo que ántes produjera no secundario interés ni pasajero entusiasmo. Lleváramos entónces la palma en punto á viajes y conocimientos geográficos; distinguiéramos por la frecuencia con que acometíamos lejanas expediciones, y también en lo peculiar á la lingüística estábamos muy distantes de ser aventajados.

No es nuestro intento inquirir las causas de cambio tan radical en nuestras costumbres: basta señalarlo y afirmar, sin riesgo de ser desmentidos, que mientras la bibliografía extranjera registra anualmente millares de obras consagradas á los viajes ó labores geográficas, en sus varios conceptos, la nacional suele dejar en blanco este capítulo, falta de materiales con que llenarlo; basta decir que España es el país, entre los civilizados, donde ménos se cultiva la ciencia geográfica, donde menor afición se advierte á este género de estudios, donde no se ha pensado todavía en la instalación de una sociedad dedicada á promoverlos, cuando, no ya los Estados europeos donde existen con abundantísimos recursos, sino hasta la misma Australia la disfruta en situación próspera y floreciente.

II.

Quizá el enojo que en nosotros produce semejante negligencia, ha sido parte para que la lectura de un modesto libro de viajes, escrito sin pretensiones de ninguna especie por un compatriota nuestro, nos haya producido íntimo y verdadero regocijo. Quizá la carencia absoluta en que estamos de obras de esta clase, haya hecho que atribuyamos mayor valor del que realmente encierra á la obra del Sr. Rivadeneyra que ante la vista tenemos; pero es incontestable que goza de títulos bastantes para ser apreciada por los verdaderos amantes de la buena literatura. Sin proponerse altos fines artísticos ó arqueológicos, sin desplegar las galas propias de las ciencias naturales, sin atenerse al acostumbrado recurso, tan usado por los franceses, de amenizar la narración con anécdotas cómicas ó dramáticas más ó ménos inverosímiles, es lo cierto que con su ingenua sencillez el *Viaje desde Ceylan á Damasco* es un bello testimonio de las especiales aptitudes que como viajero y observador adornan al señor Rivadeneyra.

Nada tan distante de su ánimo como producir un libro de estudio: propónese entretener agradablemente al lector narrando con ligereza y sobriedad lo que ha visto; huye de todo lo que sea artificioso y rebasado; no realiza nunca los cuadros que dibuja con los recursos del poeta, y sin embargo, son sus bocetos deliriosos esbozos que encantan por la frescura y verdad de las tintas

y seducen por la espontaneidad con que están pintados. Mas no se imagine, tomando estas frases al pie de la letra, que carece de enseñanza el ensayo de nuestro orientalista, que lo es, y muy aprovechado, el Sr. Rivadeneyra. De pasada, como si no reparara en ello, consignó en su libro lecciones y advertencias tan útiles como oportunas. Ora nos muestre las condiciones de la vida en Bombay, ó nos describa los riesgos de la navegación entre aquella bahía y el golfo Pérsico, ya trace el itinerario de Bassora á Bagdad, de Mossul á Diarbekir y de este último punto á Alepo, sus consejos son atinados y pertinentes y nunca sus noticias para miradas con desprecio.

Tratándose de lugares un tanto apartados de la madre patria, y perfectamente desconocidos de la mayoría de las personas que habian de leer su obra, bien pudo Rivadeneyra dejar correr su pluma por los espacios fantásticos inventando perspectivas, descubriendo ruinas y dando cuerpo á cosas que sólo existían en su imaginación. Dificilmente puede contenerse la fantasía cuando se las tiene que haber con esas pintorescas y maravillosas regiones de que tan falsas ideas nos han hecho concebir los cuentos orientales y otras leyendas: Ceylan, Bassora, Bagdad, el Tigris y el Eufrates, Harun-el-Rachid, los Califas, Tamerlan, Babilonia con sus gigantescos escombros que nos recuerdan los nombres de Nino y Semiramis; Nemrod, Nínive, la Azirla y la Mesopotamia, Kuyunehnek, Farsabad, Nizibin, donde aún se reconocen las huellas de Noé, Esdras y Job; Mardes, Diarbekir, los beduinos, los tártaros, los turcomanos y los maronitas; Edessa con sus jardines, Birta, citada por Luciano y Jenofonte, Alepo y Damasco tan aflehes en la historia de la caballería cristiana, y por último, aquellas ruinas que inspiraron á Volney unas meditaciones sublimes, Palmira, pasan ante los ojos de nuestro viajero dejando su silueta en las páginas del libro que ha dado á la estampa. Y es tan grande y sólido el respeto que tiene á la verdad, que si algún defecto se advierte en su obra, es la enojosa exactitud con que describe lo que existe, destruyendo amenguando las más gratas ilusiones. Habría aprovechado el más sóbrio la ocasión que se le deparaba de remontar el vuelo á los espacios de la poesía para acandalar sus descripciones con toques vívidos, ricos en color y movimiento. Rivadeneyra, sin ser árido, semeja el limpio cristal que repite la imagen de los objetos tales como son en sí, sin modificación alguna que amengüe sus defectos ó realce sus bellezas. Talento práctico, hecha entre dos órdenes de ideas contrapuestas: su sensibilidad facinoral del lado del arte; sus estudios, su profesión, sus hábitos, esa especie de segunda naturaleza que en él ha creado el cumplimiento de sus deberes y el amor á su carrera, llévanle á mirar las cosas con la frialdad discreta del diplomático ó del estadista.

III.

Naturaleza apasionada y bien templada, véase arrostrar todas las contrariedades de un peligroso viaje, por reconocer el esqueleto de una ciudad insignie: indomito como el árabe á quien engaña la rara perfección con que habla su propio idioma, viendo en él no un isbaniuly (español) sino un creyante, entra con su tatar á trote largo por las calles de Diarbekir, después de haber galopado durante ochenta leguas, sin tomar otro alimento que la fresca leche de la camella, ni otro descanso que los cortos momentos empleados en cambiar la posta.

Nutrido con instrucción sazonada y no indigesta erudición, determina la geología de los terrenos que recorre, cita los nombres técnicos de las plantas que más le chocan, salpica su diario de citas y ligeros recuerdos históricos, inspirados por la presencia de los lugares, teatro de los hechos á que se refieren, apunta observaciones juiciosas sobre las costumbres, y resume datos comerciales y noticias relativas á la industria de utilidad evidente.

Encerrada como está la reseña de este viaje en pocas páginas, tendrá siempre el valor que el tiempo no ha quitado á la narración de aquel otro viajero español, no ménos concienzudo que Rivadeneyra, D. Diego Badia y Lañich. Como éste, nuestro amigo no describe sino lo que vé, y llamando cada cosa por su nombre, revela que no es su intento impresionar con rasgos sorprendentes, sino decir con toda lisura cuál sea el estado presente de los países que recorre, ilustrando por acaso el informe con antecedentes y detalles que den mayor claridad á su pintura. Para la masa de los lectores españoles, que ajena al conocimiento de las literaturas exóticas, sólo conoce la francesa, y esta representada generalmente por novelas no siempre de verdadero mérito, el libro que examinamos ha de tener grandes atractivos, sumi-



VISTA EXTERIOR DEL TEMPLO DE LA MERCED (HABANA).

nistrándole medio de satisfacer su curiosidad y ocasion de decoroso pasatiempo. Y asóciase en él sin violencia lo cómico á lo dramático, la risa á las lágrimas, el fácil giro del sainete al reposado y majestuoso continente de la tragedia. Ni es por completo extraño el libro á las circunstancias elevadas de la filosofía, ni el arte fué en él pospuesto, sino por el contrario, tratado con tan riguroso tecnicismo, que más que al vice-cónsul parece indicar al profesor de estética ó de arqueología. Promueven la hilaridad los grotescos incidentes del banquete que le ofrecen los beduinos de Chamar; aquella bola de arroz fabricada con derretida manteca que corre á lo largo de los velludos brazos y con que el xequé obsequioso le distingue; aquellos sorbos de incandescente café con que antes el kaimacan de Orfa hubo de obsequiar á nuestro viajero y á su acompañante indígena, dándoles á entender que estaban demás en su presencia, traen en pos de sí la risa; pero también, cuánta melancolía no lleva al ánimo la contemplación de aquellos colosos que se llamaron Babilonia y Persépolis, ahora despedazados y cubiertos de polvo y sabandijas; aquellos monumentos que insultaron el aire con sus enhiestos chapiteles y que al presente á menudos fragmentos reducidos muer-

tran cuánta fué su grandeza y es su estrago! Y causa también amargo duelo ver la humana dignidad escarnecida en la persona de la circasiana á quien la avaricia y la tiranía condujeron medio desnuda al mercado, y á razas enteras gimiendo de aduar en aduar, de kan en kan, sin albergue, penates, ni alimentos, sin otro porvenir que el hambre, la abyección y la miseria.

Embarcóse nuestro viajero en Bombay, y despues de visitar el ciclopeo templo de Elefanta, y de tocar en las desnudas costas del Beluchistan y de Mascate, remonta el golfo Pérsico hasta tomar puerto en Bassora. Detiéndose aquí dos dias é instalándose á bordo de otro barco de vapor, hiende las aguas del Tigris y cruzando por entre tribus nómadas y bosques de palmeras, viendo aquí el arminado sepulcro de Esdras, allí los vestigios de Ctesifon con el suntuoso arco de Cosroes, que ni el tiempo ni los elementos han podido destruir, departiendo ahora con el escéptico y descreído Hussein, admirando luego el panorama que los jardines de Bagdad ofrecen, á la claridad de la luna, desembarca en sus muelles para recorrer y visitar sus mezquitas. Fíjase, como en todas ocasiones, en la etnografía, y despues de darnos una idea de la cultura persa, dirígese á Babilonia, cuya

desolacion arranca á su pecho sentidas exclamaciones. Contempla más tarde el curso tortuoso del Eufrates, y provisto de un *bugurdi*, ó sea rescripto oficial que le recomienda á las autoridades, trasládase á Mossul, cruzando buena parte de la region caldea. Estudia aquí la secta de los adoradores del diablo, visita á Ninive, escudriña los restos de Kuyunchuk, Forsabad y Tel-Nemrod, allí apunta el aspecto que actualmente ofrecen los restos artísticos y arquitectónicos descubiertos por Layard y Botta. Acomódase con un *tatar* ó correo del gobierno, y corriendo veinte ó más leguas al dia, no descansando nunca, sufriendo toda clase de privaciones, mostrando energia y resistencia extremadas, galopando á sus anchas por la Mesopotamia, hollando aquella region donde en revuelto hervidero hubieron de confundirse asirios, medos, persas, griegos y partos; las legiones de Roma y los soldados de Bizancio; los francos y los chinos, ateniéndose al proverbio árabe que dice: «el hombre ha de ser segun las circunstancias, leon, perro, gato ó mono, entra, por último, en Diarbekir, estenuado de fatiga y escitando la curiosidad y el asombro de las gentes, no tanto como extranjero, sino porque extrañaban que un *frangi*, esto es, un europeo, hubiera sido



VISTA INTERIOR DEL TEMPLO DE LA MERCED (HABANA).

capaz de seguir al *tatar*, sinónimo de arrojo y valentía.

Durante el viaje de Diarbekir á Alepo, interesa por extremo el episodio con la banda que rige el beduino Muhsein. Léese, sintiendo que sea tan corta, la descripción de Alepo, y cuando con el viajero llega el lector al término de la jornada, quisiera volver á comenzar en tan agradable compañía.

IV.

Acrecientan la importancia del libro varias cartas y artículos sobre la Siria y la isla de Ceylan. El cuadro referente á los maronitas es por demás interesante; no agrada ménos la crónica de la expedición á Beyrout, Sidon y Tiro, emporios un día del comercio fenicio, miserables factorías ahora, donde vejeta una abigarrada muchedumbre. La visita á Balbek ó sea á la antigua Heliópolis, con su templo del sol y con sus drusos, es de las narraciones que más satisfacen. Fijan la curiosidad los misterios que la religion de los nessairiyes entraña, y agrada, al compararla con la de Abi-Bey, la técnica descripción del sepulcro de Abraham, que está hecha de mano maestra.

Quisiéramos ocuparnos de la miscelánea de noticias y observaciones sobre la isla de Ceylan que el libro contiene; pero faltos de espacio, llamamos acerca de ella la atención de nuestros lectores. Nada decimos tocante á las reflexiones acerca del idioma árabe, porque extraños á su conocimiento, ponemos término á este desaliñado artículo, repitiendo una idea ántes bosquejada: la obra de Rivadeneyra es modesta, carece de pretensiones y está escrita al correr de la pluma, y sin embargo es un libro delicioso.

FRANCISCO M. TUBINO.

EXCMO. SR. D. AUGUSTO ULLOA.

Señor D. Bernardo Elico:

MI ESTIMADO AMIGO: Ha dicho un escritor francés, que las biografías de los hombres públicos no deben hacerse por sus contemporáneos sino en casos especialísimos: Quisiera yo apoyarme en esta declaración para eludir el compromiso en que me pone la carta de usted,

notada con mejor deseo que caridad y en la que me pide un artículo biográfico sobre D. Augusto Ulloa para LA ILUSTRACION DE MADRID; pero como no sigo, en esta materia, las opiniones de aquel autor, prefiero descargarme del peso que la cariñosa amistad de Vd. anhela echar sobre mis debilitados, más que débiles hombros, diciéndole en puridad al contestar á su epístola, que no sé escribir biografías.

Mr. De Lavigne calla las razones con que debía defender su opinion, expresada seca y terminantemente, pero cualquiera adivina que es de los que creen que los escritos de esta naturaleza nacen como enjendros de malas pasiones y son producto de la envidia, por ejemplo, de la adulacion ó del odio, más bien que del estudio imparcial, severo y concienzudo que debiera hacerse del personaje retratado.

Si así piensa Mr. De Lavigne habré de convenir con él en que por desgracia no abundan las biografías de los hombres políticos, escritas con la retitud de espíritu y con la justicia que deben brillar en estos juicios solemnes; descúbrense, por el contrario, con frecuencia en ellos algo que trasciende á indiscreta amistad, á humilde adulacion, á rencoroso encono, á mal disimulados ca-

los, ó á pueriles desabogós de un carácter atrabiliario y vengativo; mas no por esto hemos de proscribir uno de los ramos más importantes y amenos de la literatura política, pues no sólo vemos algunas biografías verdaderamente imparciales y prudentemente severas, sino que hasta en las que adolecen de aquellos graves defectos han de hallar las generaciones venideras materiales abundantes, datos, noticias y elementos, que comparados sin pasión con otros referentes al mismo personaje, pesados y aguilatados con cordura, las servirán para encontrar la verdad en que ha de inspirarse la historia.

Estos estudios pueden dar, además, óptimos frutos. ¿Quién ignora que la pintura más ó menos fiel de las cualidades de los hombres políticos es un espejo que refleja sus virtudes ó sus vicios, los rasgos salientes de su fisonomía moral, los servicios que han prestado á la patria y las lágrimas que sus desaciertos han hecho derramar á esta buena madre, á la cual tantos y tantos miran con peores ojos que á la más desdichada madrestrá? ¿Quién no sabe que en el reflejo de ese cristal hay estímulo para los corazones honrados, tal vez arrepentimiento para muchos estravíos, vergüenzas y castigos para determinados errores?

Apartándome, pues, del sentir de Mr. De Lavigne, opino que la biografía tiene derecho incontestable para ocupar el lugar que se le ha concedido en el ancho círculo de nuestros estudios políticos, y pienso que los que se dedican á este linaje de trabajos prestan un servicio muy señalado á la época en que escriben y de mayor entidad aún á las venideras.

Pero ya lo he dicho, amigo mío, no sé hacer biografías: ¡Ojalá me fuera dado complacerle! ¡Ojalá mi inteligencia, refractaria á tan útil género de literatura, pudiera producir algo que fuera digno de acompañar al magnífico retrato que Vd. ha grabado, que, no lo duda, pondría en tortura al entendimiento y lo esprimiría hasta que ayudado por la memoria, que no suele abandonarme, obedeciera á la voluntad, que ahora como siempre se inclina á servir á Vd., y solamente cede ante el convencimiento de su impotencia!

Indica Vd. que por lo mismo que soy adversario político de Ulloa, camppearé y luciré más la imparcialidad de mis juicios; verdad es que no como, como diría un cimbri, con el ex-ministro de Gracia y Justicia, y que si me propusiera retratarle lo haría con el pulso tranquilo, procurando espigar el natural con fidelidad fotográfica, y lo que á muchos parecerá difícil, dando al olvido, mientras emborronara cuartillas, que me muen con el modelo muy apretados lazos formados por una cordialísima amistad, lazos que no han podido romper el tiempo ni esas disidencias á que Vd. tímida y discretamente se refiere. ¿Conoce Vd. dos españoles que piensen del mismo modo? Me parece que no ha de pretender realizar este descubrimiento, algo más peliagudo que el de las fuentes del Nilo, que la apertura del istmo de Panamá ó el túnel que ha de unir á Inglaterra con el continente; muchas son las combinaciones y permutaciones matemáticas que pueden obtenerse con las veintiseis letras del alfabeto, pero no tantas como las que se han hecho con los diez y seis millones de opiniones, todas diversas, de los españoles, cuya álgebra política ha llegado al último grado de sublimidad imaginable.

Si sólo se tratara de ir dando cuenta de las vicisitudes que ha corrido la vida de Ulloa, la empresa no me parecería difícil, porque la vida de los hombres públicos es tan diáfana en todos los pueblos y particularmente en esta casa de vecindad, que basta y sobra el hecho de que un modesto ciudadano sea elegido diputado por el más escondido distrito, para que todo el mundo sepa, antes de que aquel tome asiento en el Congreso, no ya su procedencia, sus compromisos y antecedentes políticos, sino hasta los más ímpolíticos detalles de su historia privada, y se cuenta v. gr., que el nuevo representante escribió allí en su niñez un epitalamio á la hija del alcalde de su pueblo, que tiene treinta y siete vecinos y dos almas en pena, el cura y el maestro; ó que á los treinta años compuso un drama en tantos actos como vecinos corporales y espirituales hay en el lugar, cuya obra llevaba el hermoso título siguiente: *Pilades y Orestes, la virtud triunfante, la tiranía vencida, explosión de estos y Júpiter tonante*; ó que su padre (del diputado, no del drama) corría con el abasto de la carne, ó se referen, en fin, otras menudencias no menos trascendentes que estas; pues cuando hace y tiene relación con los hombres políticos, esa dentro de la jurisdicción de los que se ocupan (y en España nos ocupamos todos)

de conducir á puerto seguro la zozobranante nave del Estado; yo he leído en un periódico, de cuyo nombre no quiero acordarme, la descripción de la casa del diputado por la provincia en que veía la luz aquel órgano de la opinión pública, y con tal prolifidad inventariaba su mobiliario, que bien valdría sus trescientos pesos, que nos contaba cosas peregrinas y llegaba en su puntualidad narrativa hasta el extremo de decir que el Palmerston aragonés, malogrado en flor, dueño de aquellos tesoros, adornaba las paredes de su despacho con *estas estampas de la vida de Pablo y Virginia y un reloj de cuchillo*.

Ciertamente que en nada se parece Ulloa al autor dramático castellano, ni al diputado laburro de que hago mención en las anteriores líneas, ni LA ILUSTRACION DE MADRID al periódico citado, ni yo llevaría mis investigaciones al grado de perfección que alcanzó aquel diligente publicista é historiador de las susodichas láminas y del canoro zigodáctilo; pero qué quiere usted, amigo mío, las biografías al uso moderno no gustan si no puntualizan las más triviales circunstancias y no penetran con la sonrisa en los labios, ó el palo en la mano, en el antes cercado é inaccesible terreno del hogar doméstico.

Y sin embargo, la biografía de Ulloa no está hecha, ó al menos yo no he tenido la ventura de leerla, porque no doy este nombre á algún artículo publicado recientemente, en el que el autor nos refiere que aquel nació en Santiago el año 1833, que estudió ambos derechos, civil y canónico, en las universidades de Compostela y de Madrid, que ha desempeñado estos y los otros cargos, que entró en la escena política por la puerta del periodismo, etc., etc., etc.

Nadie, que yo sepa, ha fijado bastante su atención, al estudiar las grandes transformaciones por las que en los últimos tiempos han pasado los partidos, en ese grupo de soldados del progreso, ardiente y exaltado hasta 1854, que sirve de núcleo para la formación del centro parlamentario y presta una buena parte de la savia de que se nutre la nueva planta en el célebre bienio; que ofrece en apoyo al conde de Lucena en 1858, y acepta diez años después las consecuencias de una revolución radical; suscribe el manifiesto de noviembre de 1868; contribuye eficazmente á formar una Constitución esencialmente democrática, aunque en la logomaquia que ahora se estila se la haya llamado conservadora, y concluye su obra estableciendo en el trono español una dinastía extranjera. Á ese grupo pertenece, y en él descansa Ulloa.

En esas evoluciones, llevadas á cabo con una buena fe que yo no he de poner en duda, el grupo más inteligente y con más nociones de gobierno del antiguo partido progresista sirve constantemente de contrapeso á otras agrupaciones á las cuales se acerca, y con las que, creado no pocas afinidades de principios y de conducta, no puede, sin embargo, fundirse: llena, pues, una misión más ó menos fecunda en resultados, pero de ineludables trascendencias; durante la venturosa é inolvidable administración unionista, que preside al general O'Donnell, es el elemento más liberal de los dos que comparten la gobernación y dirigen la política española; derrocada la dinastía de doña Isabel II, para la que siempre tendrá el autor de esta carta sentimientos y frases de consideración, de simpatía y respeto, defiende las ideas más conservadoras dentro de la legalidad creada por las últimas Cortes constituyentes.

Ulloa, como Santa Cruz, Alvarez, Cantero y otros, todos de origen progresista, están hoy equidistantes de Martos y de los antiguos unionistas; pronto entrará á reforzar sus huestes Sagasta.

El estudio, repito, y la ponderación de esas fuerzas, el análisis del organismo de las diversas agrupaciones políticas y del ideal de cada una de estas, de los medios con que se proponen realizarlo, de la influencia que ejercen en el presente momento histórico, de la parte que les corresponde en las desventuras que todos palpamos y de las esperanzas que el país debe fundar en el desenvolvimiento y aplicación de sus principios; el exámen desapasionado, frío é imparcial de todo esto, nos conducirá al conocimiento de los hombres que representan un papel importante en esas mismas fracciones, algunas de las cuales aún no han encontrado para distinguirse entre sí, nombres serios y que expresen distintivamente lo que significan; y al exigir á cada uno la responsabilidad en que ha incurrido ó al concederle la gloria y los aplausos que merece, conseguiremos reunir datos biográficos, escribiremos la historia con alguna elevación, y sobre todo, haremos algo más que satisfacer frívolas curiosidades, desempeñaremos una tarea de general utilidad y enseñanza.

Aunque yo me atreviera á emprenderla, quise esto, mi buen amigo, dentro de los límites de una carta. ¿Per-

mita la índole de LA ILUSTRACION DE MADRID, periódico más que político artístico y literario, consiente el espacio que en su revista podrían Vds. concederme que dediquemos unos cuantos artículos, que nunca serían pocos, á especulaciones filosóficas y á estudios políticos de esta especie? Seguramente no.

Por lo demás, es cierto que Ulloa comenzó su carrera política siendo periodista; dióse á conocer ventajosamente en las rodas tareas de la prensa, y como redactor de *La Nación*, de *El Ollamón Público* y de *El Tribuna*, conquistó sólida reputación de escritor fácil é intencionado, cualidades que posee, tal vez, como ningún otro hombre de su primitivo partido; conserva cariño á las luchas de la inteligencia que se mantienen en la arena periodística y alguna vez vuelve á mezclarse en ella con los gladiadores que rifan las más empuñadas batallas; no hace muchos años que leí un artículo suyo, que si no recuerdo mal tenía por epigrafe *La partida de tresillo*, lleno de gracia, acerbo y en todos sentidos bien escrito.

Los electores de la provincia de Lugo, y la circunscripción de Mondoñedo y el distrito de Fuensagrada, una y otro pertenecientes á aquella, le han demostrado desde las elecciones generales verificadas en 1854 el aprecio que hacen de sus cualidades, las simpatías que goza entre sus paisanos y la gratitud con que corresponden á la preferente atención que ha consagrado al cuidado de los intereses morales y materiales de Galicia; así que, exceptuadas las elecciones de 1857, en las que la union liberal incurrió en el error de apelar al retraimiento, en todas aquellas en que los pueblos se han reunido en comicios, desde la citada fecha, para nombrar sus representantes, ha obtenido esta honrosa prueba de confianza y ha tomado asiento en el Congreso. Es orador parlamentario, correcto, dialéctico, alguna vez vehemente; se expresa con claridad y sencillez, y aunque sus discursos carezcan del claro-oscuro y de los acciñantes retóricos, de que tan magnífico alarde se hace en nuestras Asambleas legislativas, su talento, profundo más que brillante, ilustra las cuestiones que se debaten en las comisiones y en la sesión pública con la madurez de sus estudios y la rectitud de su juicio; si no arrebató, si no conmueve los espíritus con grandes rasgos de elocuencia en los que la forma suele dominar y se sobrepone al fondo, persuade y convence.

En diciembre de 1855 se le encomendó la Dirección de Política y poco tiempo después el despacho de la subsecretaría del ministerio de Estado, cuyos cargos sirvió sin goce de sueldo y procurando llevar al ejercicio de sus funciones oficiales la moderación y tolerancia que le son características y que no están reñidas con la actividad de que siempre dió claras muestras; actividad que pudo desarrollar cumplidamente en el largo período que desempeñó, durante la primera administración de O'Donnell-Posada, el destino de director general de Ultramar, introduciendo en la de nuestras provincias de América y Asia muchas y muy útiles reformas, cuya bondad ha sancionado la experiencia.

El duque de Tetuan distinguía á Ulloa con el más entrañable afecto y con una confianza sin límites; así que éste ejerció toda la influencia que podía ejercerse en aquel gran carácter desde que O'Donnell formó en 30 de junio de 1868 el gabinete que había de gobernar cinco años; claro es que esta influencia no había de traspasar ciertos límites que Ulloa sabe respetar y que el conde Lucena hacía respetables. Desempeñando robustecer al nuevo partido de la union liberal con la mayor suma posible de fuerza, y al propio tiempo acentuar, en sentido progresista, el color de la situación recientemente creada, Ulloa estableció inteligencias con algunos de los hombres más importantes de su antiguo partido, que á la sazón estaba muy quebrantado, y aunque no há llegado la hora de revelar ciertos hechos, puede decirse, sin cometer indiscreciones, que esos porta-estandartes del progreso intransigente estuvieron muy cerca de prestar todo su apoyo á aquel gobierno; y que así hubiera sucedido á no haberlo estorbado la célebre circular de 21 de setiembre, en que el Sr. Posada Herrera dió á conocer, á mi juicio prudentísimamente, el verdadero carácter, los propósitos y las tendencias conservadoras con que venía al poder la union liberal; Ulloa fué el agente más eficaz y autorizado en estos conatos de fusión, en estos conatos y proyectos que abortaron, como he dicho, por la publicación oficial del referido documento.

Desde la dirección general de Ultramar, que tenía casi tanta importancia como un departamento ministerial, entró á formar parte del gobierno, encargándose de la cartera de Marina. Qualquiera pasar, como sobre acusas, por este breve período de la vida política de Ulloa; pero al llegar á él debo decir algo acerca de un artículo que

* Tal es, en efecto, el título de un drama escrito por cierto diputado al que una provincia de Castilla, inmediata á la de Madrid, no ha dado tiempo con sus ilustrados satirios.

lei cuando acababa de consumarse la revolución de setiembre de 1833, en cuyo escrito había tantos despropósitos como palabras, tantos ultrajes á infortunios dignos de respeto como injusticia para el mismo Ulloa. Decía el ultra-liberal diario con su estilo peculiar y culto, entre *mel agudezas de ingenio*, que Ulloa había cooperado y se había adherido al movimiento revolucionario con *entusiasmo, por patriotismo, por su amor á las públicas libertades y porque nació como él tenía agraviados que vengar de la dinastía destronada en Alcolea*; el que esto escribía no conoce, sin duda, á Ulloa, ni estaba por lo mismo en aptitud de explicar su conducta y de tributar á su honrado carácter la justicia que merece.

No, Ulloa no había recibido ultrajes de ninguna especie de aquella dinastía; la augusta señora que ocupaba el trono no era responsable, ni aun moralmente, de los sucesos que produjeron la salida de Ulloa del ministerio de Marina, y por eso volvió á los consejos de la corona como ministro de Fomento poco tiempo después, y más tarde representó á su soberana en la corte de Florencia, sirviendo ambos cargos, que jamás hubiera aceptado si hubiesen existido semejantes agravios, con noble lealtad y recibiendo en el desempeño del uno y del otro muchas y muy marcadas pruebas de estimación.

Si allí hubo responsabilidades, exijanse en buen hora á los compañeros de Ulloa, al gabinete, que, en medio de los grandes servicios que la patria le debe, procedió en aquella lamentable ocasión con una debilidad que aún pone asombro en el ánimo cuando se recuerda; exijanse á las altas jerarquías de la armada y á sus ambiciosos consejeros, que por su mal sembraron entonces los vientos que habían de producir tempestades como las que se desencadenaron luego en la bahía de Cádiz. Nadie ménos que yo puede hablar de aquellos sucesos, porque me lo vedan los respetos que debo á la memoria de un ilustre marino con quien había estado unido por los vínculos de la más cariñosa amistad—y que ya ha bajado al sepulcro—; no sé yo, pues, quien remueva sus cenizas evocando el recuerdo de lo que influyó en el grave acontecimiento de que me ocupo y de la parte que tuvo en un acto de rebeldía que tan mala brecha abrió en la disciplina y subordinación de los jefes de la armada.

En el ministerio Mon-Cánovas se encargó Ulloa de la cartera de Fomento. Tampoco se ha hecho todavía la historia de aquel gabinete que, animado del más puro patriotismo, luchó desde su formación con dificultades casi insuperables, sin que estas fueran parte para desviarle de la senda, tolerantísima é ilustrada política que se propuso desenvolver; sus mismos adversarios le conceden que introdujo orden en la administración; que reanimó la adormecida actividad de los cuerpos colegisladores sometiéndolos á su deliberación con una iniciativa vigorosa é inteligente las más trascendentales reformas, que se tradujeron inmediatamente en leyes; que aplicó á la gestión financiera un criterio elevado y prudente; que impulsó el desarrollo de las obras públicas y que respetó y amparó el ejercicio de todos los derechos políticos, hasta en sus manifestaciones más aparatosas y liberales; apesar de las contrariedades que tenía que vencer y de las repetidas conspiraciones que se fragaban en varias provincias y singularmente en Madrid, conjuras que tal vez le hacían ménos daño que las injustificadas impacencias de los que debían ser sus amigos.

En junio de 1845 volvió al poder, quizá extemporáneamente, la union liberal, que había dado al país cinco años de bienestar que no olvidan los que nos juzgan á todos sin pasión ni rencores de partido, y atentos sólo á la felicidad de la patria, débase á quien se deba; que había dado al país glorias tan puras como lo son las que alcanzan nuestros soldados en las guerras extranjeras; que había dado al país, en fin, prestigio, riqueza y prosperidad material y libertades prácticas. La union liberal, apoyada en el Parlamento por los mismos moderados, confeccionó una ley electoral *more-progressista* y después llevó á cabo el reconocimiento del reino de Italia. No es esta la ocasión de examinar si cuando se hizo lo segundo había llegado la hora señalada por la oportunidad para resolver aquella cuestión por muchos conceptos grave; pero es un hecho que ni una ni otra desarmaron á los partidos que en 1844, durante el ministerio Miraflores-Vahamonde, se habían encerrado en sus tiendas retrayéndose de toda participación legal en el movimiento político de la nación y escribiendo en su bandera el lema de *Todo ó nada*, y que el reconocimiento del reino de Italia restrió el constante y desinteresado apoyo que hasta entonces había encontrado en ciertos elementos la política patriótica y visorera del general O'Donnell y que sirvió de pretexto para que se exacerbaban otras oposiciones. Confíase á Ulloa la mi-

sión de representar á la reina en aquella corte, en la que fué recibido y sostenido por ambos gobiernos, con la cordialidad y estimación que supo grangearse nuestro diplomático por la cordura y por la inteligencia que aplicó al cumplimiento de los deberes que le imponía la elevada representación de que estaba investido.

Vivas fueran las instancias con que el duque de la Torre procuró vencer la inquebrantable resistencia que opuso Ulloa á formar parte del ministerio presidido por aquel después del triunfo revolucionario; todas se estrellaron en la firme resolución de éste, que había aceptado las consecuencias de la batalla de Alcolea, pero que creía que ninguno de los que habían sido ministros de doña Isabel II, exceptuado el general Serrano, debía entrar en la composición del primer gabinete de la revolución, y que su puesto estaba, no en el gobierno, sino en las Cortes, que habían de convocarse pronto, donde trabajaría para la consolidación del nuevo orden de cosas y para el desenvolvimiento del programa de Cádiz, que, según su fórmula, debía satisfacer tres necesidades, hacer tres verdaderas conquistas: una *Constitución, un Rey y un presupuesto*.

Aunque esta carta no hubiera tomado las proporciones desmesuradas (en la acepción de largas), que contra mi propósito tiene ya, me abstendría de entrar en el análisis de lo que han sido las últimas Cortes Constituyentes. En ellas se hizo sentir la influencia de Ulloa, que perteneció á la comisión de Constitución, á la directiva de la mayoría y á las más importantes; partidario de la candidatura real del duque de Génova, no consiguió nunca aquellos de sus correligionarios políticos que luchaban con ardimiento en favor de la del duque de Montpensier, atraerle á sus filas, si bien concibieron alguna esperanza de lograr su deseo cuando en un viaje que hizo Ulloa á Sevilla fué afectuosamente recibido y obsequiado en San Telmo, esperanzas que se desvanecieron pronto porque acogió con calor la candidatura del príncipe Amadeo de Saboya, tan pronto como fué propuesta por el general Prim á los diputados ministeriales congregados y reñidos á puerta cerrada en el palacio del Senado.

Sabido es que Ulloa fué uno de los miembros que eligieron las Constituyentes para que con su presidente se trasladaran á Florencia á ofrecer la corona de España á aquel príncipe, y que una vez aceptada, cuando llegó el momento de organizar el primer gabinete que había de aconsejar al nuevo monarca, el nombre de Ulloa salía de todos los labios; tan lógico y natural parecía su nombramiento de ministro á los amigos y á los adversarios de la situación. Hizose cargo Ulloa del ministerio de Gracia y Justicia, triunfando por el momento una personalidad que representara los principios de templanza, de contemporización y de prudencia que, á juicio de aquellos, podían tranquilizar las conciencias alarmadas por peligrosas exageraciones y servir de garantía al clero y á las clases conservadoras, á fin de suavizar asperezas y de que el uno y las otras no se divorciaran por completo de la obra revolucionaria. ¿Ha respondido Ulloa á la significación que por tercera vez le elevó á las regiones ministeriales? ¿Ha demostrado la necesaria energía y fuerza de voluntad para levantar el prestigio de la magistratura, alejándola en lo posible de la política, y destruyendo lo que otros habían edificado, una magistratura de partido? Ulloa, que deja el poder en estos momentos después de la crisis laboriosa que ha echado por tierra la conciliación de las fracciones revolucionarias dinásticas y elevado al Sr. Ruiz Zorrilla á la presidencia del Consejo, ha trabajado en la última campaña con su acostumbrada buena fé, con su intachable probidad, con sus característicos nobles deseos; pero temo y sospecho que no haya dejado completamente satisfechos á sus hermanos en la conciliación, sobre todo á los que proceden de la union liberal y han apoyado hasta su último instante al gabinete Serrano-Martín-Sagasta, los cuales tal vez hubieran querido encontrar en su sistema ministerial ménos respeto á las reformas del Sr. Montero Ríos, más decisión para romper con determinadas preocupaciones, más iniciativa para resolver las cuestiones que la intransigencia revolucionaria ha planteado, y en una palabra, más sabor conservador en los actos del ministro de Gracia y Justicia. No sé si como profano y extraño á todo esto y á cuanto aconteció en España hace tres años me equivoco ó estoy en lo cierto.

Abandonemos ya, mi querido amigo, la adusta política, y digamos algo del hombre privado, ya que, según queda dicho, corre como axioma la creencia de que el hogar doméstico de los que consagran su vida al gobierno de los pueblos, viene á ser una especie de casa

sin puertas, un fanal de vidrio á través del cual penetran las miradas de todo el mundo. En esta parte mi tarea nada tiene de ingrata; y con decir á Vd. que siento no haya tenido ocasión de trabar amistad con Ulloa, comprenderá cuán digno me parece de la estimación de los que, como Vd., saben hacer justicia á las más apreciables cualidades personales; además, Vd. que es artista y ama con entusiasmo su noble profesión, encontraría no poco deleite en el trato ameno, sencillo, franco y siempre igual de Ulloa, que sienta el arte como no es común sentirlo en esta época de brutal realismo y de goces ménos elevados que los que aquel concede á las organizaciones bien templadas. En sus viajes ha estudiado, ha depurado su gusto, y los que nos honramos con su consecuente amistad, le oímos siempre con placer cuando nos da cuenta de las impresiones que ha recibido en esos viajes por Europa y sobre todo por Italia, ya en la contemplación de los encantos de la naturaleza, ya en el estudio de las maravillas que ha realizado el arte en sus varias y más hermosas manifestaciones.

No hace muchos días que departía yo con él, en presencia de algunos amigos suyos, sobre las bellezas que contiene la antigua villa Chigi, y parecíame estar recorriendo con el más docto *cicerone* las habitaciones de la Farnesina; en estas amistosas conversaciones luce su ingenio, su instrucción y buen gusto, y mezclando lo anecdótico con lo crítico, así refiere los sucesos que han tenido lugar en el célebre *palazzo*, los detalles del banquete con que el opulento Chigi (Lúculo y Mecenas del siglo de Leon X), obsequió á este Pontífice, á doce cardenales y á muchos caballeros romanos, banquetes de fastuosas prodigalidades en el que se arrojaba al Tiber la vajilla de oro empleada en su servicio, como describir los frescos que enriquecen aquella magnífica morada haciendo atinadas observaciones sobre cada uno de los que pintaron Julio Romano, Juan Udine y Penni, y dando á conocer á los que no han tenido la fortuna de verle todo el mérito del sin igual *Triunfo de Galatea*, la obra más poética y acabada que ha brotado de los pinceles de Rafael.

En estas disertaciones íntimas se deja ver su juicio, sus aficiones artísticas, su espíritu observador, y que no sólo ha visitado con fruto los museos más importantes, sino las mejores colecciones particulares, que sonde, por ejemplo, en Turin, el de la *Piazza Castello*; en Milán, el *Accademia di belle arti*; en Florencia, la *Galeria degli uffizi*; en Nápoles, el *Museo borbonico, hoy nacional*; en Venecia, la *Accademia de Bellas Artes*; las maravillas de Roma: el *Vaticano* con sus museos *Pio-Clementino, Clav-aroni, Gregoriano y Egipcio*, el *Quirinal*, las galerías del *Capitolio*, etc., etc.; y si mismo tiempo ha dedicado su atención á las colecciones *Barberini, Borghese, Colonna, Costaguti, Raspiignoni, Sciarra* y otras infinitas de la Ciudad Eterna; ha frecuentado con respetuosa curiosidad las casas que habitaron Dante, Galileo, Cellini y Alfieri, ha recogido datos interesantes acerca de las bibliotecas más famosas, como la del palacio *Archinto*, de Milán, sobre los vasos italo-griegos, bronces, camaforos, medallas y demás primores de *Sant' Angelo*, en Nápoles.

Mas ya es hora de concluir: He procurado, caro amigo, hacer el contorno, no más que un contorno ligero, del personaje que Vd. desea conocer; verá Vd. en el pintor al hombre de partido, pero también al narrador imparcial que prescinde de toda pasión política, que procura no traspasar los límites del respeto que merecen todas las opiniones y que en esta contestación á la apreciable carta de Vd. no ha intentado escribir una biografía, sino complacer á quien nada puedo ni debo negarle.

Si quiere Vd. publicarla, hágalas, que el director de LA ILUSTRACION DE MADRID no ha de enojarse por esto. Lo sabe de buena tinta su afectísimo amigo,

R. MONTE DE ARSIBA.

Madrid 15 de Agosto de 1871.

IGLESIA DE LA MERCED EN LA HABANA.

Publicamos en este número dos vistas del templo de la Merced, que aunque dista mucho de ser un edificio de buen gusto arquitectónico, merece que nuestros lectores lo conozcan, por la posición que ocupa y por la importancia de las restauraciones que en él se han hecho.

NO HAY DEUDA QUE NO SE PAGUE...

CUENTO ORIGINAL

DE
D. ALVARO ROMEA.

(Continuacion).

Antonia, arrodillada ya al pié del nicho, rezaba por el compañero de su vida.

Al poco tiempo vino María á hacer lo mismo al lado de su madre.

Manolo lloraba como un chiquillo.

¡Y he podido yo dudar ni un momento de ese ángel! ¡Qué ingratos solemos ser con las personas que nos quieren!... decía Manolo para sí.

Separóse de aquel sitio por miedo á que pudiera ser descubierto por su novia, y al marcharse cruzó una idea por su imaginación:

¡Los celos y las olas
Hacen á una,
Que parecen montañas
Y son espumas!...

Manolo no podía andar, las lágrimas le ahogaban, y sin embargo, el corazón parecía quererle salir del pecho de alegría.

VII.

La vida, esa especie de tragi-comedia, á que todos estamos sujetos durante algunos años, pocos para unos, sobrados para otros, es tan abundante en desdichas, que la felicidad suele ser un mito casi desconocido para la mayor parte del género humano. Si alguno la divisa en lontananza, suelen caer sobre el desdichado que la vió tal diluvio de desventuras, que valiera más no haberla conocido nunca.

Por esta razon, generalmente contamos los dias de nuestra existencia por las desventuras que en ella nos acaecen, sin contar para nada las alegrías que sentimos.

La felicidad es libro
Que tiene en blanco sus hojas,
Lo que en él la dicha escribe
Con llanto el dolor lo borra *.

María y Manolo habian pasado algun tiempo viviendo en un paraíso, arrullados por dulces sueños de felicidad, y pensaban que la vida seguiría para ellos deslizándose tan dulcemente.

Pero, por desgracia suya, pronto se convencerán de lo contrario.

Algunos meses han transcurrido desde que vimos á Manuel seguir á María y á su madre al cementerio, durante cuyo tiempo no le ha pasado siquiera por las mientes á Manolo volver á dudar del cariño de su novia.

Una novedad importante ha ocurrido en este tiempo y que fuera imperdonable el callarla. Has de saber, querido lector, que ya María ve á su novio con mucha más libertad, pues gracias á los consejos del tío Pedro y á las súplicas del chico, la muchacha habia hablado á su madre, venciendo esa repugnancia natural que se tiene de hablar de ciertas cosas á las personas de respeto.

Es inútil decirnos que Antonia prestó gustosa su consentimiento, y que los novios autorizados se veían todos los dias con la libertad que, dando al mundo lo que exige, se merecian.

Como las costumbres adquiridas con dificultad se pierden, apesar de la libertad de que gozaban nuestros dos muchachos no dejaban por eso de verse todas las noches por aquella dichosa ventana que tantos sudores costó á la pobre María.

No pasaba lo mismo con Carmela y Pepe; habian reheído treinta veces y Carmela, para no perder el tiempo, tuvo un mes de relaciones con el sobrino del boticario, al cual le valieron los tales amores una buena soba de parte de José, que aún estaba encaprichado por su antigua ex-novia.

Carmen, por su parte, y á pesar de los dos ó tres novios nuevos que en diferentes épocas tuvo en este inter-

* Esta copia pertenece á una coleccion inédita de cantares del joven é inspirado poeta y particular amigo mio D. José de Fuentes.

Como quiera que en el trascurso de este cuento he de intercalar algunos cantares de autores conocidos, creo de mi deber no pasar en silencio sus nombres, cuando, si algun atractivo pudieran tener estos deshilvanados renglones, á que yo llamo cuento, será indudablemente el que le presten los bellos pensamientos encerrados en estas delicadas composiciones.

Hasta el presente, todos los intercalados pertenecen en su mayoriza á ese gran poeta llamado pueblo, y alguno que otro á un autor que es sobradamente amigo mio para que yo me ocupe en cumplir con él.

regno, decía que adoraba aún á Pepe; pero que éste era un ingrato.

Á lo cual contestaba él:

Dices que me estás queriendo
Y usas de tanta maldad,
Que me encuentras en la calle
Y no me quieres hablar.

En fin, como decian algunos, ellos se entenderian. El caso es que esto sucedia á los seis ó siete meses de sus relaciones y que al parecer, mala compostura habia de tener la cosa, aunque los dos decian quererla componer.

Francisco seguia haciendo prosélitos en la taberna y perorando á más y mejor.

La pobre de su mujer habia enfermado á consecuencia de los soberanos disgustos que la proporcionaba enofididamente su bienaventurado esposo.

Agotados todos los recursos, no tenían la mayor parte de los dias un miserable pedazo de pan que llevar á la boca, pues si algun dinerillo habia, se posesionaba de él el Sr. Francisco y se iba alegremente á bebérselo á la tienda del tío Ramon.

Debían á casi todos los del pueblo, y apenas encontraban ya quien los fiara.

Un dia que Francisco no tenia dinero para satisfacer su voroso apetito, y despues de haberle propinado unos cuantos lapos á su desventurada mujer, porque ella no pudo darle ni un céntimo, fuese á casa de Antonia á pedirle medio duro con achaque de no tener qué comer aquel dia.

Antonia, que los socorria bastante, aquella misma mañana le habia dado á Petra, á más de algun dinero que de sus ahorros pudo reunir, un vestido de María para su hija Carmen, y una camisa del tío Pedro para su marido; conoció en seguida que el dinero que Francisco la pedia no tenia más objeto que el de malgastarlo en la taberna, negósele y Francisco marchóse muy de mal humor, murmurando por lo bajo y jurando vengarse á las primeras de cambio.

Desde aquel dia, hablarle á Francisco de Antonia era lo mismo que echarle un gato á la cara.

Carmen, por otro lado, envidiosa de las deferencias y consideraciones que á María guardaban viejos y jóvenes, chicos y grandes, olvidando los favores que tanto Antonia como su hija le dispensaban, no perdía ocasion en que poderse divertir á costa de entrambas.

Sólo la desventurada Petra era agradecida, y no pocos disgustos la costaba oír lo que Francisco y Carmen de sus bienhechoras decian.

VIII.

—¡Vámos, hija mia, no llores más, serénate! decía el tío Pedro á María, á tiempo que entraban en la iglesia. ¡Pídeselo con fe á la Virgen, prosiguia diciendo, y ella te oirá!... ¡Todavía no hay razon para desesperarse! ¡Es una niña!... ¡Cuántas penas nos tomamos por males que nunca llegan! Demasiado te lo he dicho.

Pero María aparentaba no oírle. Entraron, pues, en la iglesia, y María, arrodillándose delante del altar mayor, ocultó la cara entre las manos, como queriendo contener el llanto que brotaba de sus ojos.

Desde hacia tres dias el pobre ángel no sequeaba, pasábase las noches llorando, y todas las mañanas iba con el tío Pedro á la iglesia, donde rezaba á la Virgen con todo el fervor de su alma.

¿Qué le pasaba á aquella pobre niña?... ¿Acaso su novio la habia olvidado?—¡Más de un mozo dijo al verla tan triste!

¡Oyeme niña querida,
Ángel de mi corazón,
Si te ha olvidado tu amante
No llores, que aquí estoy yo!

¡Manuel! era incapaz de olvidarla; la queria con todo su corazón!...—Pero María sale ahora de la iglesia y se dirige hácia su casa; sigámosla y veamos si podemos averiguar la causa de sus penas.

Antonia, al contemplar el dolor de su hija, estaba aún más acorrajada que ella, y sólo el cariño de madre podía hacer que disimulara su tristeza, y tratara de consolarla.

Generalmente las madres sienten por duplicado las penas de sus hijos.

Al ver Antonia llegar á María, salió á su encuentro y besándola cariñosamente la preguntó:

—Dime, hija mia, ¿has podido averiguar algo?... El sorteo hace un rato que se debió empezar y es probable que á estas horas haya concluido. ¿Te has informado?

—No, madre, repuso María, ni Pedro ni yo hemos visto á nadie: la Plaza estaba desierta, y aunque he visto al venir aquí á Jacinto, iba algo lejos y no me he atrevido á llamarle. —Y cambiando de tono añadió: Pero el tío Pedro, que es tan bueno, irá á enterarse ahora. ¿Verdad?

—Lo que tú quieras, María, contestó aquel con dulzura; aunque Manolo vendrá enseguida que sepa el resultado de la quinta.

—Enseguida no, dijo María, porque ántes irá á ver á sus padres.

—Sí, vaya usted, vaya usted, replicó Antonia; así saldremos ántes de la duda.

Y sin decir más palabra echó á andar el tío Pedro con direccion al pueblo, é iba tan deprisa, que nadie sospechara fuera un viejo casi ochentón.

Á María aún le parecia que andaba despacio.

Antonia fuese á sus faenas, más por entretener el tiempo que por voluntad; y María asomose á la ventana por donde hablaba á Manuel todas las noches, fija la vista en la veredita que conducía á la casa.

Antonia de cuando en cuando se acercaba á su hija y la preguntaba:

—¿Viene alguien? A cuya pregunta contestaba María con un signo negativo, pues apenas el dolor la dejaba hablar.

El tiempo pasaba y nadie parecia. María deshecha en lágrimas no hacia más que repetir á cada momento:

Acostarse y no dormir,
Querer y que no la guieran,
Esperar y no venir,
¿Cuál será la mayor pena!

(Se continuará.)

JEROGLIFICO.



(La solucion en el número próximo.)